



EDICIONES
de
LA NOVELA
SEMANAL
CINEMATOGRAFICA



por
René Navarre
y
Elmire Vantier



FERRAGUS

(LOS TRECE)

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

FERRAGUS

(LOS TRECE)

Versión cinematográfica de la célebre novela del inmortal escritor

HONORATO DE BALZAC

Desde su estreno por

LES FILMS LEGRAND DEL CIRC

Selecciones C. C. P.



Interpretada por

René Navarre y Elmiro Vautier

Reanudación escrita expresada para

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

por el adaptador literario de películas

"RENZO"

E. Varela y Mirra - Impresor - Toledo, 11 - Madrid

Prohibida la reproducción

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

GRAN VIA LAYETANA, 17 - TELÉFONO, 4423 A - BARCELONA

FERRAGUS

(LOS TRECE)

I

LAS SOCIEDADES SECRETAS

Sabido es que a principios del siglo XIX imperaba en el mundo la manía de las Sociedades Secretas. Las turbulencias políticas, sociales y morales que agitaban a Europa en aquellas épocas, unidas al desorden propio de todo Estado en constitución (y todo Europa era un inmenso cúmulo de Estados que, no bien salidos de las colosales guerras napoleónicas, hallábanse por completo desconcertados), hacían que el individuo, desconfiando de la justicia tan revuelta, se encerrara en un egoísmo personalísimo y escéptico. Ahora bien; el afán

de Justicia invadía su espíritu, comprendía que solo nada podía hacer, y entonces era cuando buscaba a unos cuantos hombres amigos o desconocidos que, abundando en iguales ansias, pudieran agruparse a fin de obtener en estrecha colaboración lo que solo no hubiera podido conseguir jamás. Y nacía la Sociedad Secreta.

Si a este deseo de disponer de un elemento de fuerza colectiva, únese la oleada de romanticismo que inundó al mundo en la misma época, se comprenderá el éxito enorme de las instituciones secretas que al elevado ideal de sus propósitos unían el misterio, el incentivo de lo desconocido, la gloria del peligro arrojado en común. Y así poco a poco fué inculcándose en los espíritus la manía de las Sociedades Secretas, y nadie que se preciara un poco, o destacase en el mundo de la política, de la finanza, del arte, o gozase de cierto favor e influencia entre un grupo de obreros, podía dejar de pertenecer a una de estas Sociedades.

Las había poderosísimas, pero una de las más influyentes que a la sazón funcionaba en Francia, era la de LOS TRECE.

II

LOS TRECE

La influencia y poderío de las Sociedades Secretas reposaba en las siguientes bases: la calidad de sus miembros, la férrea disciplina, la abnegación de los asociados, la mayor mescolanza posible de clases sociales—lo que permitía extender su radio de acción a todas las esferas—, el menor número posible de miembros, pues cuanto más reducido fuese éste, tanto más fácil era conservar el secreto, condición principalísima para el buen funcionamiento de la Entidad. Por último, como fácilmente podrá comprenderse, lo más importante era poseer en el seno de la Sociedad una cabeza de hierro, un cerebro formidable, en fin, hombre con cualidades tales, que pudiera asumir la jefatura de la Asociación.

Y todas estas circunstancias las reunía exuberantemente la temida asociación de LOS TRECE.

Cierta noche, en un convento abandonado, sito en tenebrosa calle de París, cuando reinaba el silencio más absoluto y toda señal de vida hubo desaparecido, una

tras otra, en intervalos exactos de cinco minutos, fueron entrando, por una puertecilla vetusta y mugrienta que daba a la calle, trece sombras.

Eran los TRECE que celebraban uno de sus misteriosos y terribles conciliábulos. No bien franqueada la puerta, escurriánse por un corredor estrecho que daba varios zig-zags y acababa en una interminable escalera de caracol. Habían llegado al claustro. Era éste el prototipo del rico claustro del siglo XV; de reducidas proporciones, pero pintoresco en extremo.

Una puertecita en el fondo engullía todas las sombras; seguíase un buen rato por un amplio corredor sumido en la más densa oscuridad, y penetrábase por fin en una amplia sala.

Algunas antorchas esparcían su débil luz.

En el centro había un banquito, en el cual hallábase sentado un hombre con la cabeza descubierta, ricamente vestido y en el rostro reflejada la inquietud y el espanto.

Ante él se situaron trece encapuchados: seis a cada lado de uno que permanecía sentado.

Hablaban entre ellos sigilosamente... Por fin animóse la discusión y uno de ellos dijo alzando la voz:

—Este miserable—y señaló al que ocupaba el banquillo—por hallarse muy encumbrado creyó que nunca llegaría para él la hora de la Justicia...

—Ha derramado mucha sangre inocente—agregó otro.

—Arruinado a muchas familias—añadió un tercero.

—Robado los bienes de los trabajadores y de los pobres—terminó un cuarto.

—¡Basta!—interrumpió el que entre los encapuchados había permanecido sentado y silencioso hasta entonces—. He escuchado lo bastante. Que se lleven al reo.

Dos de los Trece asieron al que estaba sentado en el banquillo y le retiraron de allí. Después corrieron a



—He escuchado lo bastante. Que se lleven al reo.

engrosar el grupo de los que discutían, esta vez acaloradamente.

Era la tercera sesión que celebraban con el mismo objeto. El que ellos acusaban, ya en la primera se confesó culpable de cuanto le atribuían, y casi sin defenderse se limitó a solicitar clemencia...

La discusión fué apaciguándose; todos parecían estar mutuamente convencidos. Por fin levantóse el que había las veces de jefe y dibujó en el aire un gesto solemne. Todos colocáronse en semicírculo.

—Dicen mi alma y mi conciencia—sentenció—que este hombre merece la muerte.

Inmediatamente los mismos encapuchados que habían retirado al reo, corrieron hacia donde le habían encerrado... dejaron la puerta abierta... Poco después, se oyó distintamente la caída de un cuerpo pesado en el agua.

Seguidamente reaparecieron los encapuchados.

—Se ha hecho justicia—dijeron con aire siniestro.

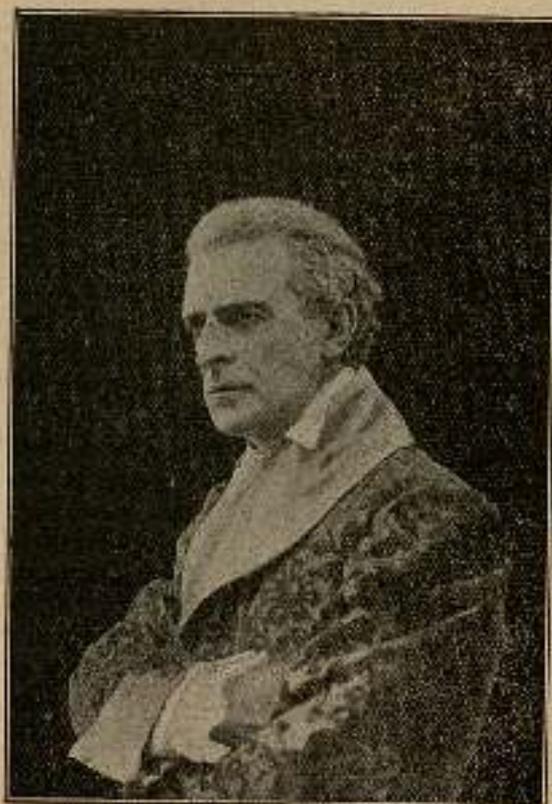
Reinó unos instantes el más absoluto silencio. Después los Trece, casi simultáneamente, quitáronse las capuchas y pusieron a hablar entre sí como si nada hubiese ocurrido.

Allí había congregada toda la escala social: El militar, el sabio, el artista, el banquero, el obrero, el diplomático, el poeta, el burgués, el apache, el dandy, el encumbrado señor, el pordiosero.

Hemos mentado a doce; ¿quién es el decimotercero que les guía y capitanea?

Se llama, o mejor dicho, le llaman Ferragus, es obedecido sin objeción y tiene un poder casi omnipotente.

Ferragus es la figura romántica idealizada por cuantos escritores han descrito aquella época venturosa que pudo ser torpe, mas fué deliciosa porque se soñaba y quien sueña puede ser dichoso. Su cabello griseado destacaba como un marco de plata antigua sobre el rostro joven. No aparentaba tener más de cuarenta



Ferragus. — + RENÉ NAVARRE

años; su porte elegante y finísimo le daba un aire aristocrático, subyugante. Su mirada franca y noble chispeaba terriblemente al solo fruncir de sus cejas. La boca fina y pequeña denotaba un refinado epicureísmo en su sensibilidad, y su sonrisa era apaciguadora, suave... ¡mordente a veces! Muchos culpables hubo que al verle sonreír temblaron... Innumerables desvaldidos al verle sonreír divisaron expedito el horizonte de su vida.

—Amigos—empezó a decir con voz dulce y enérgica a la par. Y en un instante callaron los murmullos y todos prestaron la atención del creyente hacia las palabras del sacerdote—. Desde que entramos en lucha con esta Sociedad ciega y corrompida que nos rodea, hemos tenido la semidivina satisfacción de reparar muchas injusticias... hemos salvado gran número de víctimas inocentes... castigado varios culpables...

Hizo una ligera pausa. Después agregó, entre el silencio solemne de los congregados a quienes el desacomodado preámbulo predisponía a escuchar algo grande:

—Sabido es que cuando uno de los Trece señala una causa justa, doce hombres intrépidos se ponen a su disposición y le aportan su incondicional ayuda...

—Maestro—interrumpió el más impaciente al que acompañaron seguidamente los demás—, no es menester darnos explicación alguna... Si tenéis necesidad de nosotros... ¡vuestro menor deseo es una orden!

Ferragus sonrió inefablemente; después agregó:

—Hoy no quiero ni castigar a un culpable, ni poner coto a un abuso...

—¿Qué deseáis pues?— exclamaron todos—. Bien sabéis que nada os es imposible.

Ferragus, satisfecho de aquellos estallidos de la adhesión incondicional, hizo un gesto elegante, impuso silencio y terminó:

—Lo que hoy ansio... es... la felicidad de una mujer.



—Lo que hoy ansio... es... la felicidad de una mujer.

III

LA MUJER QUE FERRAGUS QUIERE DICHOSA

¿Habéis visto en alguna de esas deliciosas bomboneras del siglo XIX que adornan indefectiblemente el coquetón "boudoir" de toda hermosa, las monísimas e ideales figulinas que se destacan de sus preciosos esmaltes?

Pues la más bonita, la más seductora, no lograría retratar la ideal belleza de Clemencia Desmarets.

Los hombres vulgares dirían de ella: «¡Qué monada de criatura!»; los soñadores: «¡Qué ángel!».

Clemencia está casada y vive en una deliciosa casita apartada del ruido de París. Un jardincito delicioso rodea el pequeño edificio, en el cual, no bien llegado el buen tiempo, pasa gran parte de su vida bordando filigranas y primores. Sus dedos de nácar pòsanse cual libélulas traviesas en el cáliz de una flor dibujada en su labor... Cuida de la casa como toda mujercita hacendosa y mim a su marido que está loco por ella. Este ser venturoso se llama Julio Desmarets. Es relativa-



Clemencia Desmarets. . . . ELMIRE VAILLIER

mente joven; mejor dicho, se encuentra en la plenitud de la juventud. Es hombre de mucho talento, pero que ha dejado atascar el carro de su vida en el despacho de un banquero muy prestigioso que le aprecia, le considera, pero le aumenta el sueldo con tal escasez, que después de varios años de hallarse a su servicio no puede contar con mucho más de lo necesario para su vida.

Y ello le entristece tanto más cuanto que adora a su esposa como algo sublime que le cupo en suerte por gracia del Cielo, y quisiera poderle ofrecer todas las riquezas del mundo...

Cierto día, poco después de la reunión misteriosa que dejamos relatada, Clemencia hallábase como de costumbre en el jardín, bordando una rosa de vivísimos colores, pálidos, sin embargo, comparados con el tentador carmín de sus labios adorables.

De pronto levantó la cabeza casi sobresaltada.

—¡Clemencia... Clemencia!— le gritaba desde la puerta del jardín su esposo.

Por fin la alcanzó. Sentóse a su lado bruscamente y tomándole amoroso una mano le dijo con vehemencia:

—¡Peina mial... vamos a ver si adivinas la buena noticia que traigo... Pica alto... ¡muy alto!

Clemencia le miraba con sus ojos seductores enormemente abiertos sin saber qué contestar.

Y Julio no pudiéndose contener:

—¡Mi patrón— gritó— me nombra su sociol... ¡Soy todo un banquerol!

Respiró profundamente, reposó un instante, consideró el efecto que la noticia había producido en la ca-

rita adorada de su mujer, y agregó volando esplendorosamente en alas de su alegría:

—¡Al fin voy a poder ofrecer a mi adorada mujercita el lujo que su hermosura requiere... ¡Estoy loco de contentol!

Y atrayendo sobre su pecho a la mujer querida, la estrechó fuertemente y sus labios juntáronse...

Después se pusieron a soñar juntos, a esbozar propósitos y deseos que cada cual había ocultado hasta entonces en el fondo de su alma.

Pasó algún tiempo. Los dos esposos habíanse instalado en una mansión lujosa propia de su nueva posición, y Clemencia, especialmente, pudo ir paladeando todos los placeres que trae aparejados la riqueza. Ricas joyas realzaron su esplendente belleza, elegantes trajes la imprimieron este aire "chic" que encanta y seduce en las mujeres; a la puerta de su lujoso hotel, un coche le brindaba suave acogida; los salones más cerrados se abrieron ante ella como por arte de magia.

Clemencia estaba extasiada; le parecía vivir un sueño encantador del que se extrañaba no haber despertado ya.



Auguste de Malincourt

Cierta tarde, en una de las aristocráticas reuniones que acostumbraba frecuentar, un joven oficial de la guardia de Luis XVII, llamado Augusto de Malincourt, no bien hubo llegado empezó a mirarla con extraña insistencia.

El oficial pertenecía a la más rancia nobleza, ostentaba el título de Barón, gozaba de una fortuna cuantiosa que administraba libremente, pues carecía de padres, y su edad—treinta años—tiempo hacía que le había libertado de tutores.

Su porte era distinguido, sus ojos siempre dispuestos a sonreír maliciosamente, su boca a soltar el cumplido galante. Fácil es comprender que de Malincourt triunfaba en toda la línea entre las gentiles damiselas, las altas damas, las fáciles grisetas y las más bellas mujeres del gran mundo.

Un individuo tan mimado de la fortuna, y por ende, de las mujeres, naturalmente no podía resistir a la tentación de ser muy orgulloso y fatuo. Tenía de la vida un concepto muy agradable; la llamaba «diversión», y las mujeres eran para con él tan amables, que también les halló nombre adecuado y llamólas «placer».

No hemos de olvidar, sin embargo, que vivía en pleno romanticismo y que por lo tanto permitíase el lujo de ponerse soñador de vez en cuando, asegurando que nunca entre las varias mujeres que se estremecieron en sus brazos, halló la que había soñado...

Y en busca siempre—según decía—de esta mujer ideal, divertíase tanto como podía y no desperdiciaba ocasión de saciar sus placeres aun a trueque de cometer vilezas...

La impresión que Clemencia produjo en su ánimo fué de las más hondas que experimentara en su vida. La delicada hermosura, las suaves facciones, el mirar inocente y franco, la pujanza de sus líneas suaves y espléndidas en prodigiosa armonía, la modestia, en fin, todas las características que adornaban a Clemencia, eran suficientes para encender el amor en cualquier corazón menos propicio que el del Barón de Malincourt.

Si de Malincourt hubiera sido uno de aquellos románticos tan en boga que se enamoraban de una «imposible» casi expreso, y saboreaban la extraña felicidad de un amor platónico jamás satisfecho, verdaderamente Clemencia era el tipo ideal para inspirar amores tales que tal vez son los más poéticos y sin desengaño.

Pero, por el contrario, Augusto gustaba de un «sitio» casi protocolario, y de llegar pronto al objeto propuesto. Esto lo sabían de sobra sus amigos; de ahí que uno de sus más íntimos, viendo que no separaba la mirada de la monísima Clemencia, acercósele e interrumpiendo su «observación» le dijo:

—No pierdas el tiempo Augusto... la señora Desmarets está locamente enamorada de su propio esposo...

Augusto le miró con aire sorprendido... después sus ojos insinuaron su habitual sonrisa burlona y exclamó:

—¡tanto mejor!... ¿Virtud tenemos?... ¡Me alegro! Ello es para mí lo que la salazón a los manjares... Además—agregó pérfidamente—el súbito encumbra-

miento de su esposo... me permite sospechar que no será tan inaccesible.

Poco después la señora de la casa presentaba el Barón a Clemencia, la cual no habiendo dejado de observar las intensas miradas del joven, le alargó tímidamente la mano y turbóse extraordinariamente.

Fué en vano que de Malincourt intentara entablar conversación: Clemencia harto se echaba de ver que estaba violenta, y así despidióse casi con brusquedad de Augusto y retiróse de la reunión.

En pos de ella, un hombre saltó también y no volvió a entrar hasta que vió como subía en su coche. Aquel hombre era uno de los TRECE.

IV

EL SECRETO

Había cerrado la noche. Eran las siete y media. Las calles animábanse con la presencia de estos hombres y mujeres que parece que necesitan la noche para vivir. Nos referimos, naturalmente, a los barrios bajos y malfamados. Poca gente circulaba por la calle de Soly, la más lírica y genuina de aquéllas. La animación estaba en las ventanas. Algún que otro cafetín mal oliente lanzaba a la calle una nota estridente de luz.

Augusto, en busca de fáciles aventuras, frecuentaba aquellos barrios, pues decía que el traje y la vida de la mujer importan poco y que cuando a él le gustaba una de ellas, satisfecho estaba si le cedía, sin preguntarle qué había hecho ayer ni lo que haría mañana.

Con tales teorías en la cabeza y mucho hastío de la vida — pues aunque no lo parezca, los placeres cansan también —, de Malincourt recorría aquellas callejuelas en pos de la nota agría que diera a su existencia alguna nota de color.

Paseaba tranquilamente entre las insinuaciones de todas las infelices noctámbulas, cuando júzguese de su sorpresa indescriptible al ver que, deslizándose casi pegada a las paredes, Clemencia, Clemencia misma en carne y hueso llegaba nerviosamente hasta una puertecilla de mala apariencia e introducíase en ella.

Malincourt no sabía bien lo que le pasaba.

¿Cómo era posible? Clemencia a tales horas por aquellas calles... ¡Ella tan elegante, tan fina, al parecer tan pura!

Augusto no titubeó ni un instante, corrió hacia la puertecilla e introdujose en ella. La portería estaba cerrada, y hemos dicho portería para calificar de algún modo el inmundo barracón de madera que se levantaba a un lado de la entrada, más amplia, sin embargo, de lo que desde fuera podía adivinarse. Subió rápidamente las escaleras, y aun llegó a tiempo de ver como el vestido de Clemencia desaparecía por la rendija de una puerta que se cerró seguidamente.

Era una de estas casas cuyos pisos tienen cinco puertas, todas unas al lado de otras como un hotel, como si en lugar de locales para habitar familias enteras, se tratase verdaderamente de simples habitaciones.

Augusto, tomando toda clase de precauciones, escuchó atentamente acercándose a la puerta... Rumor de besos, dos sillas que se mueven, después la voz cristalina y armoniosa de Clemencia:

— ¡Cinco minutos de libertad que no he podido menos de aprovechar para venir a abrazarte!

Malincourt no pudo resistir más su curiosidad y así aplicó el ojo al orificio de la cerradura.

Poco faltó para que no lanzase un grito. La habitación estaba amueblada con cierto lujo y muy bien iluminada. En el centro casi y al lado de una mesa, un hombre como de unos cuarenta años, con la cabeza ya plateada, mirada penetrante y una sonrisa suave dibujada en sus finos labios, tenía abrazada a una mujer... ¡a Clemencia!

Ésta se había quitado el sombrero y apoyaba dulcemente su cabecita sobre su hombro, mientras los dedos de aquel hombre escondíanse codiciosos entre los hilos de oro de la preciosa.

—¿Eres feliz?— le pregunto él.

—¡Oh sí... mucho, muchísimo!...

—Haré lo imposible para conservar tu felicidad y acrecentarla aún si es preciso.

—Bien sabes lo que tienes que hacer si quisieras que sea completamente dichosa.

—¿Dices que yo lo sé?...

—Sí, lo sabes y te complaces en hacérmelo repetir...

—Pues no caigo en este momento.

—Yo no puedo ser completamente dichosa mientras tengamos que vernos con tanto misterio... ¡Tenemos derecho a la felicidad! ¿Qué nos importa la torpe sociedad que nos rodea?

—Calla, calla niña... no seamos ambiciosos... podríamos perderlo todo y entonces...

—¡Oh, no... separarnos, marcharte, no!... ¡Moriría de dolor!...

Y estrechóse contra su pecho...

Malincourt consideró que había ya visto y oído bastante. No era prudente permanecer por más tiempo

allí. Además necesitaba reflexionar, anudar ideas; su cabeza parecía estallar...

¡Ella tan modesta, tan recatada al parecer!

Después sonrió como él sabía hacerlo y dijo para sí:

—Poseo su secreto... ¡poseo a la mujer!

Y salió a la calle precipitadamente, llegóse hasta donde le esperaba su coche, y ordenó que a toda prisa regresasen a su palacio.

CINISMO

Entretanto el amante esposo seguía laborando sin cesar. Aquella misma noche hallábase en casa de su socio efectuando el balance particular de sus fortunas. Rato hacía que los empleados se habían marchado.

—Nuestros beneficios este año, bien podrán calificarse de fabulosos—dijo mientras sus ojos brillaban con aire de triunfo.

Después quedó un instante pensativo y agregó:

—Me alegro por ella... por mi Clemencia... ¡Quisiera poderle ofrecer una existencia de Reina!

—Mucho según parece queréis a vuestra esposa—comentó su ex patrón y actual socio.

—La quiero como merece—terminó Julio.

Y con el alma contenta y satisfecho de sí mismo, salió de la oficina y dirigióse a su casa ya pensando en qué podría regalar a su mujercita adorada.

Cuando llegó a ella y se enteró de que Clemencia aun no había regresado, su disgusto fué grande, pues era tal su contento que no podía guardarlo sin poderlo comunicar a la «interesada».

Pasó un mortal cuarto de hora. Al fin percibióse en el patio el ruido del coche—que si bien era semejante a



—Me alegro por ella... por mi Clemencia. ¡Quisiera poderle ofrecer una existencia de Reina!

los demás tenía para Julio un distintivo peculiar—y unos instantes después entraba aceleradamente en la habitación Clemencia, agitada y nerviosa.

—¿Cómo llegas tan tarde, Clemencia?—le preguntó Julio fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir.

—Uff... estas reuniones de la Condesa son interminables; no sabe una cómo marcharse sin hacer un mal papel...

—Me disgusta tanto llegar a casa y no poder abrazarte en seguida... ¡Cuán poco quieres a quién tanto te quiere!

—Calla, calla mal genio —dijo ella acercándose mimosamente—... Te quiero; ya lo sabes.

Y Julio cogió sus manos diminutas, les dió algunas palmadas como castigo y después las recorrió devotamente con los labios.

Durante la cena, siempre estuvo hablando Julio. Expuso sus radiantes planes para el porvenir, enumeró todos los regalos que ofrecería a su Clemencia si sus esperanzas realizábanse, en fin estuvo locuaz, animadísimo y tenía tantas cosas para decir, que no notó siquiera que Clemencia estaba callada, que sus ojos perdíanse en lo infinito... que pensaba en otra cosa...

Al siguiente día, celebrábase una deliciosa fiesta campestre en casa de los Marqueses de Perlieu, que poseían una finca preciosísima en los alrededores de París. El parque de infinita extensión, era toda una régia alfombra verde salpicada de florecillas aromáticas. Las enredaderas cubrían por completo la edificación, y así parecía aquello un lugar de ensueño, propio para idillos de niñas y danzas de sátiros.

Los invitados paseaban deliciosamente por allí. Unos jugaban a la gallina ciega, otros al volante, en un rinconcito pintoresco y misterioso un galán columpiaba a una exquisita y delicada damisela. En fin, todo el espíritu inocente, suave y poético que animó todo un siglo

y marcó una época en la historia, reinaba allí pujante y delicioso.

Clemencia era de la partida y seguía respirando a pleno pulmón la nueva vida que espléndida se le ofrecía.

Paseando por el verde césped encontróse con el Barón de Malincourt, que la saludó maliciosamente



Clemencia era de la partida y seguía respirando a pleno pulmón la nueva vida...

mas sin dirigirle la palabra porque Clemencia iba acompañada por el Conde de Broiliot.

No pasó inobservada para Clemencia la manera extraña con que la mirara el Barón, y así apoyándose más fuertemente en el brazo del Conde:

—Amigo mío—le dijo—; cómo me mira este hombre... me da miedo!

El Conde sonrió de un modo raro; después dijo con tono casi solemne:

—Tened la bondad de no olvidar, señora, que si nunca el Barón de Malincourt osara faltarnos al respeto... trece hombres os son adictos hasta la muerte.

Después sonrió nuevamente, tranquilizó con la mirada a Clemencia, y saludando se alejó.

Por el parque las muchachas perseguidas por los jóvenes seguían jugueteando como niños, esbozando idilios y sembrando ilusiones.

Con gran extrañeza de todos, de Malincourt permanecía apartado de aquellos pasatiempos de los que otras veces se mostraba tan goloso. Pascaba solitariamente, siguiendo a distancia los menores pasos de Clemencia.

Cuando vió que el Conde la dejaba sola, dió un rodeo a fin de cruzarse con ella.

Precisamente en aquel instante un pobre cojo con un organillo empezó a tocar jurto a la verja del parque. Todos pusieron a bailar alborozados, y de Malincourt aprovechó aquella ocasión para acercarse a Clemencia y decirle:

—Y vos, hermosa señora, ¿no bailáis?...

—¡Oh!, seguramente os pareceré ridícula—repuso ella con voz temblorosa—, pero desde mi boda no he bailado con nadie más que con mi esposo.

Augusto mordióse los labios imperceptiblemente. Después, sonriendo pero mirando severa y enérgicamente, agregó:

—Si vuestro exquisito pudor no os permite ni en el baile, el contacto de ningún otro hombre... ¿qué haciais ayer... sí, ayer..., en la calle de Soly?

Clemencia se estremeció; por un instante, pareció perder el equilibrio; después haciendo un esfuerzo sobrehumano repúsose, esbozó una sonrisa forzada, trató de adoptar un aire indiferente y dijo:

—No sé de qué me habláis, caballero... no conozco ni estuve nunca en la calle que mencionáis.

Y después, con un valor que no correspondía a su cortedad, miró un instante fijamente al Barón, y alejóse rápidamente.

Malincourt quedó pensativo. Un momento dudó de sí mismo... Pero no; la había visto y oído perfectamente en los brazos de su amante.

Pero y él ¿quién podría ser? Su aire señorial no estaba en consonancia con la calle que habitaba, ni era posible que un hombre que no tuviera un espíritu elevado e inteligente pudiera ofrecerse una amante tan exquisita...

Llena la cabeza de conjeturas, dudas y sospechas, Augusto retiróse de la fiesta... Cuando salió, entre unos árboles varios hombres cuchicheaban; entre ellos hallábase Clemencia, que al ver pasar a Malincourt exclamó:

—Aquel hombre es el que me vió en la calle Soly... Prevenid al señor Ferragus.

VI

EN GUARDIA — DESCUBRIMIENTO

Vino la noche. Juntáronse las sombras. En su nido secreto reuniéronse los Trece.

Ya conocemos el lugar donde celebran sus misteriosos conciliábulos. Aquella noche, más parece una reunión de amigos, que deliberación de hombres que en sus manos poseen poder ilimitado. Todos van vestidos como de costumbre. Ferragus ocupa el centro de un círculo formado por sus compañeros. Largo rato ha que están comentando en perfecto acuerdo la cuestión que los ha reunido.

—No hay duda de que este hombre es un peligro para ella—dice al fin Ferragus—, pero de momento sólo os pido que lo vigiléis estrechamente.

Y tras esta conclusión, los reunidos empezaron a hablar de asuntos generales de interés para la asociación pero no para nuestra historia.

Fácil es comprender que después de los acontecimientos que dejamos relatados, Augusto de Malincourt

sólo tuvo una idea, una obsesión: conocer «todo el secreto» de Clemencia Desmarets a fin de mejor poder escalar aquella «virtud»... y así llevando su audacia hasta la insolencia, la siguió, la acechó y espío con insana perseverancia.

Una sonrisa de triunfo dibujóse en sus labios cuan-



Aquella noche, más parece una reunión de amigos, que deliberación de hombres que en sus manos poseen poder ilimitado.

do cierto atardecer vió que Clemencia se dirigía con toda clase de precauciones a la calle de Soly, Malincourt, con prudencia extrema, consiguió sin ser visto llegar en pos de ella a donde se dirigía.

Clemencia llegó como atolondrada hasta el umbral de la puerta que conocemos, lanzó una rápida ojeada a su alrededor y desapareció.

Como la otra vez, Augusto pudo llegar sin ser visto

hasta el piso, en una de cuyas puertas habitaba el misterioso amante de la hipócrita.

Reteniendo el aliento acercóse a ella y aplicando el oído, bien claramente pudo escuchar el diálogo que sostenían en el interior.

—Este hombre—decía ella—me persigue, me espía, me da miedo...

—No pienses más en ello, bien mío—argüía él—. Nada debes temer de este desvergonzado... ¡Yo sabré parar sus plantas!

Malincourt miró por el orificio de la cerradura. Como la vez anterior, el amante hallábase sentado en mullido sillón y a sus pies tenía recostada a la preciosa Clemencia cuyos rizos dorados acariciaba con fruición. Ella le miraba de un modo inefable, como a un ídolo, como a un dios. Él, perdida la mirada en el vacío, parecía presa de la más radiante felicidad.

De no haber estado atormentado por la víbora de los celos y la más venenosa aún del despecho, Malincourt no habría podido menos de confesar que formaban una pareja verdaderamente seductora.

De pronto, el amante levantóse de su sillón, y entonces apareció en toda su arrogante figura. Una bata preciosísima de terciopelo floreado le cubría completamente. Ceñida con donaire a la cintura, le imprimía cierta esbeltez mezcla de elegante negligencia y majestuosidad. Sólo de vez en cuando aparecían por la base de su figura los chapines de charol que calzaban un pie demasiado menudo para un hombre de su talla.

Clemencia, fijos en los suyos sus ojos de cielo, le seguía atónita, sin levantarse, siempre arrodillada a

los pies del sillón que al parecer consideraba ya como un altar pues él habíase sentado allí.

Ferragus— a qué seguir ocultando su nombre a nuestros lectores — encaminóse hacia una pequeña arca que adornaba un rincón de la habitación, y tomando de ella un canuto de oro, rasgó el papel que contenía las piezas y prontamente sus manos viéronse repletas del fascinante metal. Clemencia abrió los ojos desmesuradamente; mujer y muy femenina al fin, por su rostro suave pasó graciosamente la expresión de la codicia. Ferragus acercóse a ella con lento paso; después tomó su bolso. Ella habíase levantado y lo recibió en sus manos, lo abrió y de las manos de Ferragus salió una lluvia de oro, mientras risueño pronunciaba estas palabras:

—Alégrate, tontina... Toma esto para tu hucha particular... Yo sé que toda mujer hermosa tiene sus gustos y caprichos que no importa al marido conocer.

Cuando de Malincourt presenció tal escena, sintió una fuerte impresión mezcla de desprecio y desengaño. ¿Cómo era posible tanta hajeza? ¿Aquella mujer que él había considerado inaccesible como una imagen, cedía al maléfico influjo del vil metal?...

Cerró un instante los ojos... después plegáronse sus labios de un modo extraño y murmuró:

—¡Bah!... terminaré esta aventura con esa mujer... ¡con un simple regateo!...

Afanoso volvió a mirar por la cerradura, sin notar que la disonante música de un organillo, subía de la calle. Ferragus tuvo un movimiento de sorpresa. Escuchó atentamente y acercóse con la mayor naturalidad

como si nada significara aquella música para él, hasta poner la mano en el pomo de la puerta, y antes de que Malincourt pudiera retirarse, ésta abrióse súbita y enérgicamente y la férrea mano de Ferragus hacía presa de sus solapas.

Augusto, temblando de coraje, fingió una serenidad que estaba bien lejos de sentir; con gesto severo desprendió las manos que le apresaban, inclinóse muy finamente, y procurando dar el mayor timbre de tranquilidad a su voz insegura saludó a Clemencia diciendo:

—Celebro infinito encontrarme ante una cara conocida.

Pero no eran ciertamente el cinismo ni la sangre fría armas capaces de desconcertar a un hombre como Ferragus. Un instante clavó su acerada mirada en aquel hombre que se atrevía a permanecer sereno ante su imponente presencia. Por sus pupilas salieron torrentes de ira... ¡El, Ferragus, el hombre de potencialidad casi omnipotente sorprendido por un petimetrel... Asíóle esta vez con energía por su solapa nuevamente y zarandeándole con fuerza le gritó:

—¡Caballero!... ignoro con qué derecho os inmiscuís en los asuntos de esta dama... — Después agregó con misterioso acento:

—Por vuestro bien os aconsejo que olvidéis ni que la hayáis visto jamás.

Augusto osó sonreír del modo burlón que le era peculiar, y un puñetazo soberbio castigó su cinismo. Aquellos dos hombres en un instante formaron una sola masa. Como los polos opuestos de una corriente formidable que se atraen para destruirse, así Ferragus y

Malincourt rodaron por el suelo estrechados para aniquilarse.

Pronto vióse la superioridad de Ferragus. De Malincourt a duras penas podía sostener el ímpetu de sus



—¡Caballero!... ignora con qué derecho os inmiscuís en los asuntos de esta dama...

acometidas... Por fin Ferragus dióle un empujón formidable y Augusto cayó rodando por las escaleras.

Mientras Ferragus permanecía en lo alto, aniquilán-



Por fin Ferragus dióle un empujón formidable y Augusto cayó rodando por las escaleras.

dole con sus miradas, Malincourt, corrido e indignado, recogía su sombrero y presa del mayor rencor abandonaba aquella casa malôita.

Unos instantes corrió por las calles como un loco... Había cerrado completamente la noche. Un reloj en lontananza le anunció que eran las diez de la noche.

París estaba en calma; las calles empezaban a quedar solas; Augusto aspiraba el perfume ácido, típico de la noche... Su cabeza era incapaz de pensar.

El coche le esperaba en el sitio de costumbre, pero él ni se acordó siquiera. Su cabeza parecía querer estallar. Con paso maquinal, forjando en su mente inserena los más atroces planes de venganza, llegó hasta su palacio. Penetró en su casa y dirigióse al amplio parque.

La luna brillaba en el azulado cenit; el mayor silencio imperaba; sólo percibíase el suave murmullo de las múltiples fuentesillas que avivaban el frondoso parque...

Malincourt sentóse sobre la baranda de una espléndida terraza que se asomaba —sita sobre relativa altura— a París.

Poco a poco su cabeza fué serenándose; más distintamente aparecieron los recuerdos de los últimos hechos...

—Burguesa hipócrita —murmuró— ¡con sus aires de mosquita muerta!...

Calló unos instantes presa de infinito dolor. El jovial aventurero había concebido por Clemencia algo más que el deseo trivial que tantas veces le animara ante una mujer hermosa... La había querido un poco.

Había creído unos instantes en su virtud... ¡Barsal! ¡Hipocresía!...

— O poco le de valer — siguió pensando — o cara te haré pagar la afrenta que me hiciste recibir.

Sus ojos inyectáronse de sangre, y en la penumbra brillaron de un modo extraño... Vengarse, vengarse... ¡Qué bella satisfacción!

Por algún rato estuvo discurriendo medios de conseguir sus propósitos. Unos eran leves, otros por lo terribles imposibles de llevar a la práctica impunemente... Por fin logró precisar la idea, dar cuerpo a la sugestión...

— No sería mala venganza — pensó — avisar a su confiado esposo...

VII

LA SENTENCIA DE LOS TRECE

Convocados con carácter de perentoria urgencia, los Trece habían acudido al punto acostumbrado de reunión. Todos mirábase unos a otros con aire intranquilo. Se trataba sin duda de condenar severamente a algún culpable.

El último en llegar fué Ferragus. Vestía elegantísima capa de terciopelo negro abrochada estrechamente al cuello. Su arrogante figura resaltaba de un modo majestuoso e imponente. Todos le rodearon prontamente y empezó una conversación animadísima en cuyos extremos al parecer estaban todos de acuerdo.

El pordiosero del organillo hizo una larga declaración. Era el encargado de seguir a de Maltucourt, y descubrió cómo éste seguía a Clemencia y penetraba en la casa de Ferragus. Entonces hizo cantar su organillo, señal convenida con el jefe para delatar y advertir toda sorpresa. Ya hemos visto con qué resultado.

Formuló cada uno su opinión, concordantes entre sí, y Ferragus pronunció las palabras que parecían de ritual:

—Dicen mi alma y mi conciencia que este hombre merece la muerte.

Después habló en voz baja y extensamente con dos miembros de la misteriosa asociación.

Y tras el breve conciliábulo, todos se retiraron con iguales precauciones que las que rodearon su llegada.

Al siguiente día, de Malincourt hallábase recostado con indolencia en la «*chaise longue*» de su habitación, cuando el criado anunció que una dama esperaba en el saloncito azul. Augusto ante la visita inesperada hizo un gesto de extrañeza, mas acostumbrado al favor de las damas, creyó que sería una visita de alguna de sus «pasadas» aventuras.

Compúsose como pudo en unos instantes y dirigióse al saloncito indicado.

En una marquesina elegantísima, una mujer, al parecer joven y de porte delicado sentada estaba esperando. Cubría su rostro tupido velo que ocultaba por completo sus facciones.

Augusto acercóse a ella risueño, intrigado el corazón. No conocía aquella silueta. Y saboreó de antemano la aventura probable...

La extraña visitante le miró fijamente un instante. A través de las mallas del velo brillaron intensamente sus ojos... después con gesto rápido levantóse el velo.

—¡Clemenci!—gritó el Barón.

Con un signo de cabeza, la hermosa asintió, y Augusto ya repuesto de su sorpresa arrodillóse a sus pies

y tomando su blanquísima mano empezó a decir, siempre con el aire burlón que le era peculiar:

—Celebro que distribuyáis vuestra preciosa existencia entre el buen esposo, el rico amante... y un modesto servidor.

Ante la frase irónica y soez, Clemencia sobresaltóse, y con tono enérgico exclamó:

—Os suplico, caballero, que no interpretéis torcidamente el objeto de mi visita, haciendo que me arrepienta de haber venido.

—¡Oh, calmáos, por Dios! No quiero que pongáis esta carita enfurecida... ¡sería capaz de no poderme contener y comeros a besos!

—Yo no soy la mujer que os figuráis. Empezó a temer que sois indigno de mi benevolencia... Si vine a visitaros sacando fuerzas de mi propia flaqueza, fué porque no quiero que mi felicidad se base sobre la menor desgracia...

—Sí, sí—interrumpió Augusto—; ya sé que mi rival de la calle de Soly, tiene medios mucho más convincentes para merecer esta benevolencia vuestra...

—¿Qué queréis decir?

—Sí... la irresistible lluvia de oro...

—¿Caballero!

—Todo lo ví, todo lo escuché—prosiguió Augusto—. Este misterioso amante que os prodiga el oro a manos llenas emplea medios bien vulgares para poseeros. Ignoro si esta vulgaridad proviene de su falta de delicadeza o de vuestra degradación... ¡Oh, no hagáis este gesto mohino tan deliciosos!... Estáis encanta-

dora. Seguir conmigo tanta farsa, es completamente inútil...

—No os comprendo...

—Todo os condena... Y vuestra presencia aquí, sin duda en ruego de mi silencio, os acusa aún mayormente...

—Señor Barón... ¡Calláos de una vez, si queréis oír lo que venía a deciros!

—Poco me importan vuestras palabras. Aunque dijeran amores, heraldos serían de vil hipocresía... Y pues no había de creerlos, vale más en efecto que guardéis silencio. No me interesan ya vuestras palabras; lo que deseo furiosamente son vuestros besos...

Malincourt se había ido acercando a Clemencia que atónita y roja de vergüenza escuchaba aquellas palabras que casi no comprendía; pasó el atrevido brazo por detrás de la flexible cintura y atrayéndola bruscamente hacia sí la besó rápidamente en los labios. Entonces empezó una lucha feroz, vergonzosa, inhumana. Clemencia defendíase con energía impropia de su delicada constitución, mientras de Malincourt, que había perdido toda noción de humanidad, forcejeaba ferozmente para posar sus labios en la carne suave que por la abertura del traje dejaba traslucir Clemencia.

—Mónstruo... ¡no me toquéis!... —protestaba la infeliz debatiéndose con furia.

Pero Augusto, sordo a toda voz que no fuera la de sus instintos, la besaba en la boca, en el cuello, en el hombro purísimo que apareció al rasgarse el vestido. Una sensación de asco irresistible invadió el cuerpo de la imprudente y ello le dió tales fuerzas que con un

enérgico e inesperado empujón logró desasirse de los bestiales brazos que la aprisionaban... Jadeante, tambaleándose, recomponiendo sus vestidos, loca de rubor, corrió hacia la puerta... la abrió bruscamente y antes de partir pareció deseosa de pronunciar la última palabra... Estaba encantadoramente seductora. Sus ojos



—Mónstruo... ¡no me toquéis!... —protestaba la infeliz debatiéndose con furia.

brillaban intensamente; sus labios rojísimos temblaban emocionados; sus mejillas parecían del más blanco marfil...

—Terminemos — dijo Malincourt sin dejarla hablar —: mi fortuna me permite sobrepujar la oferta de mi rival... ¿Cuánto?

Clemencia sintió que toda su delicada feminidad se estremecía... Cerró los ojos unos instantes y dijo en tono solemne:

— Sólo debo deciros que os amenaza un terrible peligro... que podéis evitar cesando de perseguirme indignamente.

Hizo una pequeña pausa... Poco a poco fué serenándose, y sin abandonar el umbral de la puerta continuó:

— Y si vine aquí, tened a bien informaros de que no fué más que impulsada por un sentimiento de piedad del que estoy ya arrepentida.

También de Malincourt había recobrado el pleno dominio de sus facultades, y así sonriendo como siempre:

— Muy ambiguas y extrañas son vuestras palabras— objetó—; pudiera muy bien suceder que hablando con vuestro esposo consiguiéramos los dos formarnos una idea clara de vuestra tortuosa conducta.

— ¡Sois peor de lo que imaginaba!— gritó Clemencia en el colmo de la indignación—. Os advertí a tiempo... ¡Vos lo habréis querido!

Y salió precipitadamente de aquella estancia en la cual tanta vergüenza hubo de soportar.

De Malincourt no era de los que cedían ante una incógnita. Al contrario. Al principio concibió por la delicada Clemencia un amor de esos que fácilmente puede convertir en platónicos un espíritu menos «práctico» que el suyo. Después vino el deseo sin freno. Más tarde, al descubrir su extraño comportamiento, al principio el despecho, después el desprecio... Ahora, ante la actitud misteriosa de la hermosa y los acontecimientos inexplicables que se desarrollaban, Augusto

sentía por Clemencia algo indescriptible, mezcla de amor, de deseo, de curiosidad...

Toda la noche la pasó en vela, sin saber qué hacer ni casi qué pensar. Ya se consideraba con derecho, casi con el deber de corregir los desvaríos de Clemencia. Y hasta le pareció que se convertía en un buen



—...Os advertí a tiempo... ¡Vos lo habréis querido!

amigo de su esposo, desconocido, por cuyo honor estaba obligado a velar.

Recordaba la figura célebre de aquel «*Ménage a trois*», en el cual el esposo y el amante conviven magníficamente y ambos se vengán horrendamente del que intenta «robarles» la mujer que es su vida y el eje de su existencia.

Si; Clemencia podía tener un marido. El lo hubiera soportado hasta con cierto respeto... Pero, ¿un amante?... ¡Nunca!

Estaba completamente decidido a visitar en cuanto amaneciera al señor Julio Desmarets. Necesitaba hablar con él, cambiar impresiones sobre el modo de castigar a la culpable... El loco creía de buena fe que el marido se pondría de acuerdo con él para tal objeto.

Por fin durmióse pesadamente. Pero su sueño fué agitado.

Cuando despertó era ya más de mediodía.

Inmediatamente dió orden de que engancharan el "Tilbury", y haciendo una rapidísima "toilette", en menos de media hora se vió instalado en su coche empuñando nerviosamente las riendas del caballo.

Emprendió veloz carrera. Los transeuntes volvían la cabeza para mirarle. En aquella hora de paseo, con un cochecito elegantísimo, ¿por qué corría tanto?...

Poco faltó para que atropellase a varios transeuntes. El groom, a duras penas podía sostenerse en la parte posterior de pie en el estribo...

El caballo embocó una calle bastante estrecha, entre cuyas paredes difícilmente podía hallar espacio el cochecito para pasar. No bien asomó por la esquina, que un pordiosero púsose a tocar el organillo enérgicamente, arrancando del viejo aparato las notas más estridentes... Se apartó a un lado, y el coche del Barón pasó como una tromba.

No bien dejáronse sentir los primeros acordes del instrumento, dos albañiles que trabajaban en una construcción empezaron a remover una enorme piedra, que

al parecer y con grandes esfuerzos querían colocar en su sitio. Pero sus esfuerzos eran vanos. La piedra no se movía de sitio a pesar de los enormes trabajos de los dos obreros... Por fin uno apoyó en uno de sus lados el hombro vigoroso, dió un tremendo empujón y la piedra cedió... Mas con tan mala fortuna, que cayó a la calle en el preciso instante en que pasaba el cochecito de Augusto, dejándole completamente aplastado. Malincourt se salvó por un verdadero milagro, pues la piedra rozóle el brazo y hasta dejó señales blancas en la manga de su vestido.

Al ruido producido por la caída de la piedra, todos los vecinos salieron de sus casas, y el público rápidamente rodeó el coche del Barón. Este, muy nervioso, prorrumpló en denuestos contra los obreros... Unos cuantos transeuntes corrieron incluso para capturarlos... Fué en vano; los dos causantes del accidente habían desaparecido... El pordiosero también.

VIII

LOS TRECE RECURREN A UN MEDIO
MÁS SEGURO

El «Tonel de Baco» era el punto de reunión de las alegres grisetas y de los enamorados momentáneos, porque ofrecía el doble encanto de ser un lugar apartado, delicioso y discreto.

Se hallaba como a unas dos leguas de París. Eso es, una distancia muy acertada por cuanto fácilmente se podía llegar hasta él, y sin embargo estaba completamente situado en las afueras de la ciudad.

El «Tonel de Baco» era un lugar muy encantador que conservaba todas las características del campo, hermanadas con deliciosa coquetería ciudadana. Varias fuentes naturales brotaban por entre las rocas cubiertas de musgo; el césped mullido y fresco alfombraba el suelo; varias mesas toscas hallábanse esparcidas sin concierto, pero sobre ellas se servían los más exquisitos manjares.

Las parejitas sedientas de fáciles amores tomaban

un coche, en pocos momentos llegaban al «Tonel de Baco», y pasaban la tarde paseando por aquellos lugares encantadores...

Allí podía hacerse libremente el amor, saborear la fugaz aventura, sazonándola de bucólico aroma... Allí se esbozaban no pocos idilios. Y muchos frecuentaban



El «Tonel de Baco» era el punto de reunión de las alegres grisetas y de los enamorados momentáneos...

el lugar asiduamente hasta que desaparecían para siempre. Se habían casado. Otros acudían cada domingo con las parejas cambiadas....

Desde luego un lugar tan seductor era la meta preferida de Augusto de Malincourt en sus paseos. Allí se

comía bien, se bebía ricamente y siempre había unos ojitos que invitaban a la aventura, al amor, al placer...

Para distraerse un poco de las emociones pasadas, al siguiente día de haber sido víctima del accidente que dejamos relatado, de Malincourt había creído que lo mejor era dar una vueltecita por el «Tonel de Baco».

Y en efecto, no bien hubo llegado, que el tibio ambiente y el poético paisaje calmaron sus nervios. Sentóse ante una mesa y ordenó que le trajeran una copa de buen vino... Allí Malincourt hallábase en su elemento. Una pizpireta muchacha sirvióle lo que había ordenado consintiendo que entretanto Augusto acariciara su blanco y carnoso brazo... Se volvía hacia un lado, y varias chiquillas alegres y bulliciosas sonreíanle; lo hacía hacia el otro, y una preciosa mujer, sentada entre un grupo de caballeros, le miraba incitantemente.

Esta última fué la que más llamó su atención. Era una joven de unos veinte años, de marcadas y armoniosas formas, ojos fascinantes y boca que convidaba al beso... Y le miraba con insistencia, insinuando una picaresca sonrisa...

Augusto, viendo en puerta la agradable aventura, hacía cuanto podía para seguir por el camino emprendido y así dedicaba los sorbos de su vino a la coqueta y le hacía los signos más inequívocos de que el «flirt» le era por demás agradable.

Pero ya hemos dicho que la joven no estaba sola. Un grupo de caballeros la rodeaban, sentados a su propia mesa, y uno de ellos, el más joven, parecía interesadísimo por ella.

Así, a pesar de entenderse magníficamente de Malincourt y la veleta, el idilio quedó bruscamente interrumpido. El joven caballero, que observó la pantomima que a sus expensas se representaba, levantóse de pronto, y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, encaróse con de Malincourt diciéndole:

—¡Vuestro modo de portaros es indigno de un caballero!

—Señor mío, ignoro con qué derecho os atrevéis a dirigirme la palabra y menos en forma tan poco reverente—dijo Augusto con voz colérica.

—Repito que os portáis como un canalla haciendo señas a una mujer que está en compañía de un caballero... Y aunque no tengo el honor de conoceros, os repito que sois un desvergonzado y aún quiero castigaros como merecéis.

Y eso diciendo descargó una sonora bofetada en el rostro de Augusto.

Este sintió que la sangre se le subía a la cabeza, perdió un instante la noción de lo que le sucedía, nubláronsele los ojos de rabia y abalanzóse sobre el que le insultó.

Pero ya los compañeros del provocante habíanse acercado y sujetándolos fuertemente evitaron que dieran un espectáculo denigrante.

—Recibiréis mis padrinos...

—A las siete de esta misma tarde esperarán los míos en mi casa.

Y cada uno se fué por su lado...

Pero uno de los que se hallaban en la mesa con la

muchacha causante del incidente, le alargó un rollo de moneda diciéndole:

—Muy bien, chiquilla. Todo ha salido a medida de nuestros deseos... Ahí tienes los cien luis's prometidos.

IX

EL VERDUGO DE «LOS TRECE»

El que había provocado el incidente con de Malincourt, era el famosísimo duelista Marqués de Roquerolles. Ya fuera con la espada o con la pistola, quien hallábase ante él en el campo del honor podía darse por muerto de antemano.

De ahí que entre los Trece, de los cuales formaba parte, se le hubiera conferido la misión de ejecutar a los sentenciados por la poderosa Asociación.

Muchos duelos inexplicables habían tenido lugar, en los cuales de Roquerolles había tendido a sus plantas a inaccesibles ministros, banqueros o diplomáticos.

Ya hemos podido ir dándonos cuenta de los medios que a su alcance poseía aquella temible Sociedad. Cuando los Trece habían acordado que un hombre debía morir, por encumbrado que se hallase, fuera cual fuere la esfera en que viviere, no pasaban muchos días sin que la terrible sentencia se hubiese ejecutado

de un modo u otro, y siempre dejando a salvo la responsabilidad del brazo ejecutante de los Trece.

Cuando amaneció el nuevo día, no muy lejos del mismo «Tonel de Baco», de Malincourt y de Roquerolles hallábanse frente a frente en el campo del honor.

Pronto se habían puesto de acuerdo los padrinos



... de Malincourt y de Roquerolles hallábanse frente a frente en el campo del honor.

de los contendientes. Augusto también se había batido varias veces, de modo que sus padrinos llevaban amplios poderes para poder concertar el duelo a ser posible para el próximo amanecer. Como igual prisa animada a los del bando contrario, el duelo quedó organizado para llevarse a cabo al romper el alba.

Sólo los partidarios del de Roquerolles fingiendo humanitarios sentimientos, pidieron que el duelo fuese a pistola y a la máxima distancia..

Quedó aceptado.

De este modo aseguraban el fracaso del contrincante, mientras su amigo conservaba la seguridad de darle muerte por alejado que estuviere del cañón de su pistola.

Los dos adversarios se saludaron brevemente. Tomaron sus pistolas, recorrieron las distancias.. De Malincourt disparó primero quedando vencido por las grandes dificultades de hacer blanco a tanta distancia.

A su vez de Roquerolles apuntó con brazo seguro su arma, disparó, y el Barón se desplomó.

El Marqués volvió a saludar y seguido de sus padrinos y asistentes que de un modo extraño sonreían, se alejaron del campo.

X

EL DELIRIO

Robusta era la constitución de Augusto; grave la herida; así el joven estuvo varios días entre la vida y la muerte. Había perdido el uso de la palabra y estaba completamente inmóvil en su cama.

Al fin dió manifiestas señales de vida, abrió desmesuradamente los ojos y empezó a gritar con desesperación:

— ¡Son ellos!... ¡Es ella!... ¡Me persiguen!...

La fiebre altísima había desencadenado el más horrendo delirio. Completamente bajo su influjo, de Malincourt creía ver que del techo se desprendían, una después de otra, enormes piedras que lo aplastaban. En vano agitaba los brazos como un frenético para detenerlas... Después, el Marqués de Roquerolles, irto, sereno, cínico, le apuntaba la pistola, disparaba, y en su herida volvía a sentir como un hierro candente que le atravesaba...

Pero aunque presa de la febril locura, tuvo una ins-

piración... comprendió que tanto el accidente del coche, como el duelo injusto, todo era debido a la mujer que deseaba furiosamente... Y ésta aparecíasele más hermosa que nunca, en los brazos de su misterioso amante... Los dos sonreían de un modo inefable... Después se le aparecía ella tendiendo la bolsa, él dejando



La fiebre altísima había desencadenado el más horrendo delirio.

caer una lluvia de oro que no se acababa nunca...

Reposaba un rato, después volvía a agitarse, revivía la lucha que había sostenido con Clemencia y sus terribles palabras martilleaban su cabeza:

— ¡Os advertí a tiempo... Vos lo habréis querido!

Y entonces hacía un gesto como renunciando a ella

para siempre... Comprendía que ningún derecho tenía a mezclarse en la vida de la mujer aquella...

—¡Vos lo habréis querido!... ¡Vos lo habréis querido!

Y nuevamente deprendíanse del techo enormes piedras que lo aplastaban... y el Marqués de Roquerolles hurgaba como un demonio en su herida... Y se revolvía en su cama como un condenado gritando:

—¡Es ella!... ¡Son ellos!... ¡Me persiguen!... ¡Favor!...

Y en tal estado pasó ocho días terribles, eternos, en que todos daban por segura su muerte.

¿Qué hacía entretanto Clemencia Desmarests?

En la soledad de su alcoba, leía ávidamente una gaceta. Sus ojos preciosos destilaban amargas lágrimas; mordía nerviosamente los finos encajes de su pañuelo, y sin apartar la mirada del periódico recorría repetidas veces la misma noticia:

"La fatalidad se ensaña con extraña insistencia sobre el Barón de Malincourt.

Sabido es que no ha muchos días una enorme piedra, al caer de una casa en construcción, destruyó el filbury que ocupaba el Barón, salvándose por un verdadero milagro. Pues bien, últimamente caía gravemente herido en el campo del honor bajo el tiro certero del famoso duelista Marqués de Roquerolles."

Clemencia enjugó sus lágrimas, quedó un instante pensativa y después murmuró:

—¡Y todo por mí!

Lo que ocurría afligía a Clemencia hasta lo más hondo de su alma. La fatal intromisión del maldito Ba-

rón en su existencia, había destruido toda la felicidad que la nueva riqueza le proporcionara... Tenía motivos para odiarle profundamente, pero los atentados de que era víctima la entristecían... No, ella no merecía que un hombre muriese para que no la molestara... Augusto no era más que un loco, un presumido antipático, un cínico, un vicioso repugnante, todo lo que se quiera... pero todo lo hacía por ella...

Y una mujer cuando se siente amada, siempre experimenta una sensación extraña e inexplicable que si no a la correspondencia ni a la simpatía, la incita por lo menos a la compasión.

Clemencia aborrecía ciertamente a de Malincourt, y si Ferragus no hubiese desencadenado contra él todo su formidable poder, ella misma hubiera hecho cualquier cosa para desprenderse del insolente que osó insultarla... ofrecerle dinero...

Ella tenía en este mundo cuanto puede ambicionar una mujer. Amor, honra, dinero, belleza, salud... Habría cedido algo de cuanto poseía para que Augusto dejara de perseguirla y expedita la ruta de su existencia. Pero no podía soportar sin gran disgusto el ver cómo tan repetidamente se atentaba contra su vida, de cuyas asechanzas escapábase casi milagrosamente.

Su natural bondadoso se estremecía al pensar que su felicidad podía costar no ya una sola gota de sangre, sino la vida de un hombre... Y así entregada a tan tristes reflexiones en la soledad de su alcoba, leía y releía aquella gaceta que tanta importancia tenía para ella.

De pronto cegáronse sus ojos. Dos manos amorosamente los cubrían... Con gesto rápido tiró el perió-

dico debajo del tocador ante el cual hallábase sentada...

—Pero Clemencia... ¿qué es esto? —preguntó extrañado su esposo que era quien de puntillas se había acercado hasta ella para darle una sorpresa.

Sus manos estaban humedecidas y los ojos de Clemencia inundados de lágrimas.

—¿Lloras?—continuó—¿Desde cuándo tu alma tiene secretos para la mía?... ¿Por qué pretendes ocultar el semblante?... Bien sabes que quiero participar en todas tu emociones ya sean agradables o dolorosas.

Pero Clemencia no prestaba oídos a la voz insinuante de Julio. Ella no podía contarle los motivos de sus cuitas... Y así esforzándose por sonreír, presa de intensa emoción por la contrariedad de verse sorprendida en sus íntimas meditaciones, dijo disimulando pésimamente:

—No es nada... me siento algo indispuesta... déjame no insistas...

Y desprendiéndose de los brazos del amante esposo desapareció con rapidez.

Julio la siguió con la vista como atontado. No sabía cómo explicarse la extraña actitud de Clemencia... de su Clemencia que tanto amaba.

Desde hacía algún tiempo ya había notado algo anormal... Julio observaba que Clemencia estaba pensativa, que daba muestras de una gran distracción... que parecía ensimismada, que vivía en un mundo aparte.

Bien es cierto que la felicidad perfecta no puede saborearse nunca. Cuando sus medios eran restringidos,

limitados casi a lo necesario, en su casita de los alrededores de París, los esposos Desmarets vivían dichosos. Julio adoraba a su esposa y se preciaba de haber encontrado el alma gemela que le proporcionaba la felicidad suprema.

Pero su misma mediocridad no le dejaba ser dichoso, y ya hemos visto con cuánta ilusión deseaba poder ofrecer a su adorada «una existencia de reina».

Y vino la riqueza, y con ella unos cuantos días de ensueño, de locura, de placer... pero pasaron fugaces... Poco después Clemencia iba cambiando de modo tal que aun cuando ella creía que nadie observaba la horrible tempestad que en su interior se desarrollaba, Julio, sin saber exactamente de qué se trataba, observaba que su mujer no era la misma, que no era tan «suya» como antes...

Al sorprender a su esposa llorando y el empeño de ésta en no decirle las causas de su aflicción, Julio sintió que algo muy íntimo se estremecía en su interior... bajó la vista y un instante ensimismóse a su vez perdiéndose en los dominios de la divagación... De pronto abrió los ojos. Él ya había observado que Clemencia al verse sorprendida había echado algo debajo del tocador, pero no se había casi fijado en ello. Mejor dicho, no le había concedido la menor importancia... Pero ahora...

Se agachó rápido como el pensamiento y asíó la gaceta... buscó inútilmente la noticia, el párrafo, la línea que pudiera ser para él algún indicio. Fue en vano... pero por fin... ¿Una lágrima?... la tinta de las líneas algo

corrida por efecto de un dedo humedecido que ha pasado...

"El Barón de Malincourt..." -- leyó ansioso toda la gacetilla...

Y estrujó nerviosamente el periódico entre sus manos, dejóse caer sobre la silla, clavó la mirada en lo infinito... Surgió la primera duda.

XI

FERRAGUS, AUGUSTO Y JULIO

Al día siguiente, los primeros pasos de Clemencia fueron para dirigirse a casa de Ferragus.

Estaba agitadísima. Sus bellos ojos hundíanse en el azulado marco dibujado por la noche de insomnio, por la vigilia pertinaz...

—Pero, Clemencia — le preguntó Ferragus descubriendo la insólita emoción que embargaba a la infeliz —, ¿qué te pasa?... ¿a qué es debida esta visita a hora desusada?

—Sufro muchísimo... no he dormido en toda la noche... lo que ocurre me desconcierta, me desespera...

—No te comprendo...

—Sí... el bienestar que disfruto es más amargo que mis antiguas privaciones.

—¡Clemencia!

—¡Oh, no debes extrañarte! Antes era pobre, o casi pobre, pero vivía tranquila en mi casita, en mi jardín, entregada a mis labores, a mis flores...

—En cambio yo te ofrecí que brillaras tú misma en la sociedad como la más bella flor, pujante de belleza, de riquezas...

—Pero perdí la tranquilidad, conocí las inquietudes de las noches sin fin, de la asechante...

—¿Te refieres a este idiota de Malincourt?

—Naturalmente. Este desvergonzado empezó a corrijarme con una asiduidad molesta...

—No te molestará más, puedes estar tranquila.

—Tranquila...

—Dices esto con una entonación...

—Harto sabes que me repugna el basar mi felicidad sobre la desgracia de otro...—y Clemencia bajó los ojos ruborizándose. Ferragus la miró enérgicamente.

—Explicate—ordenó.

—Tú quieres librarme de este importuno, y te lo agradezco, pero...

—¿Pero qué? ¡Acabemos!

—Perdónale... no quiero que este hombre muera... te lo suplico, te lo ruego con los ojos inundados de lágrimas... ¡Perdona a este desventurado!

Hubo unos instantes de emberazoso silencio. Clemencia lloraba; Ferragus daba muestras del mayor desconcierto y, receloso, entreabría la puerta para asegurarse de que nadie les escuchaba.

¿Cómo, Clemencia, la víctima de Augusto, intercediendo en su favor?... ¿Poder de la juventud? ¿Es que el Barón de Malincourt al aparecer a sus ojos como un enamorado que por el ser querido arrostra peligros y corre persecuciones, había al fin logrado interesar el corazón de la hermosa?



... y, receloso, entreabría la puerta para asegurarse de que nadie les escuchaba.

Mientras de Malincourt no era más que el clínico cazador de virtudes, naturalmente había de repugnar a un alma tan delicada y exquisitamente femenina como la de Clemencia, pero en cuanto se cambia el papel de un hombre y se transforma en una víctima de tenebrosas asechanzas por perseverar en un amor imposible, entonces a los ojos de una mujer aquel hombre se crece enormemente y llega incluso casi a la categoría de héroe... Y de la admiración al amor, hay muchísimo menos de un paso.

Ferragus, tan profundo conocedor del alma humana, se hacía todos estos razonamientos, mientras, clavados en un punto impreciso, sus ojos permanecían fijos, para no distraer con la variación de lo que veían las meditaciones de aquel cerebro de hierro.

Y Clemencia seguía sollozando...

Por fin Ferragus levantóse. Vestía, como siempre, con una elegancia suprema de exquisito gusto.

Se acercó a ella con paso lento y seguro. Le cogió entre las manos la cabeza y clavó sus ojos punzantes en los de Clemencia. Su mirada lo reflejaba todo. ¡Sus labios se limitaron a pronunciar serenamente:

—¿Le amas, acaso?...

Después era tal la ira que le agitaba que al exterior se traslucieron las señales. Apretó más sus manos, centellearon mayormente sus ojos y alzó la voz diciendo:

—¿Olvidas que si de Malincourt sigue viviendo después de lo que ha visto puede perderme?

Con ello quería decir: ¿quieres tú salvar a de Malincourt, sin comprender que salvándole a él me pierdes a mí? ¿Es que le prefieres?...



Por fin Ferragus levantóse. Vestía, como siempre, con una elegancia...

Y su mirada terrible dejó de ser amenazadora para tomar una expresión de profunda tristeza. Abandonó la cabeza de Clemencia que se curvó; después suspiró profundamente y dió algunos pasos, la mano en los ojos:

—Es que — balbuceó la infeliz timidamente — yo no quiero ser causa de la muerte de nadie... ¡No quiero basar mi dicha sobre un charco de sangre!

Ferragus giró rápido sobre sus talones. Corrió hacia ella, y asíéndola con cierta violencia le gritó:

—Si de Malincourt vive, hablará. Y si habla, yo estoy perdido; tu esposo y la sociedad te despreciarán... ¡Escoje!

Clemencia comprendió lo que pasaba por el interior de Ferragus y le miró con infinita ternura... No, ciertamente la elección no era difícil. Si Ferragus o de Malincourt debían morir, naturalmente la terrible e implacable condena debía recaer sobre este último... Después de todo ella le había prevenido a tiempo y el cínico... ¡Oh!, al recordar la repugnante escena su cuerpo tuvo un estremecimiento de repugnancia... Se vió en brazos de aquel salvaje, de aquel ser desprovisto de la menor delicadeza... Y levantó sus preciosos ojos, miró a Ferragus de un modo inefable y se apretó contra su pecho...

Como por encanto desapareció del semblante de Ferragus la señal de toda preocupación... Sonrió...

—Duerme tranquila, ángel mío — la dijo —. No haré más que lo imprescindible para salvarnos.

Y posando sus labios sobre su frente purísima, la apretó contra su corazón...

Entretanto, Julio, presa de la mayor inquietud, paseaba por su estancia como una pantera impaciente... La víbora de los celos adherida al corazón, le martirizaba, le moría, corroía todo su ser... Era tardísimo, y Clemencia sin venir...

Naturalmente — pensaba — habrá ido a interesarse por el estado de salud de ese petimetre... Quizá ahora esté en sus brazos y...

No, no, aquello era demasiado... Su imaginación afortunadamente dejó de funcionar unos instantes... ¡Ella en sus brazos!... ¡Repugnante escena!

Con una mano cubrióse los ojos como si quisiera apartar una visión horrible. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente... Presa de la mayor excitación, miraba con frecuencia inútil la esfera de su reloj...

Y pasaban no las horas ni los minutos, sino los propios segundos, con desconcertante lentitud.

No cabía la menor duda; Clemencia había ido a visitar a su amante, en primer lugar para interesarse por su salud, en segundo término para contarle que se había visto sorprendida por su esposo mientras lloraba por él... ¡Miserable!

Y así en alas de una fantasía loca, hervían escenas y deducciones hijas tan sólo de su inquietud, pero que cual si reales fueran, le atormentaban horriblemente...

También él añoraba los bellos tiempos de mediocridad... Eran casi pobres... ¡pero él era incalculablemente más rico que ahora, pues poseía por entero aquel tesoro que llamábase Clemencia!...

Por fin llamaron a la puerta... Clemencia entró con

precipitación suponiendo la inquietud de su marido.

Julio trató inútilmente de adoptar una actitud indiferente... y temblándole la voz, aunque convencido de que nadie había de notar lo que pasaba por su alma, dijo:

— ¡Supongo que vendrás de interesarte por la salud de de Malinçourt!...

Y extrayendo de su chaqueta la gaceta, causa de todos sus dolores, mostrósel a Clemencia como quien presenta una prueba irrecusable:

— ¡Como deduzco por las huellas de tus lágrimas impresas en esta gacetilla que las noticias en ella contenidas te han afligido tanto!...

Poco nos ha de costar hacernos cargo de la sorpresa, de la inquietud, del desconcierto que nubló por un instante la inteligencia de Clemencia...

Cuando regresaba de casa de Ferragus, cuando venía aprisa creyendo tan sólo recibir la amable increpación de un esposo enamorado, he aquí que éste le hablaba de un amante... ¡Y no ciertamente de Ferragus!... sino de aquel Augusto que en mala hora cruzóse en su existencia, para transformar su vida feliz en un verdadero infierno...

— Sales con frecuencia inusitada, regresas exageradamente tarde—seguida gritando el marido—. Zumban en mis oídos las más viles calumnias... ¡Habla, necesito que hables!

Calumnias, sospechas... Clemencia no sabía qué momentos extraños vivía.

Corrió hacia su esposo, le asió por las mangas de

su vestido y clavó en los suyos sus preciosos ojos gritando:

— ¡Dios mío, qué es eso! ¿Dudas de mí?

Julio, a través de aquellos ojos serenos y limpidos como el más puro cristal, penetró hasta lo más hondo del alma de su mujer... Y como alucinado creyó ver en él una sombra refulgente de contornos semidivinos que le gritaba: ¡No, tu Clemencia no es culpable!...

Algo extraño revolucionó su ser... Una sensación de beatitud invadió su espíritu... No dejó de mirar los ojos de su esposa... Poco a poco acercó su cabeza a la suya como si quisiera verlos aún más de cerca... después sus labios tocaron los de ella... y sonó un beso.

Augusto logró sanar completamente de sus heridas. Ruda había sido la lucha que con la muerte había sostenido, pero el vigor de su robusta juventud había tenido más fuerza. Y así, convaleciente y echado sobre mullida "chaise-longue", le encontramos hablando con su criado de confianza:

— Necesito detalles sobre la vida de este hombre misterioso. Fío en tu perspicacia.

Como se ve, Malinçourt no había abandonado la

idea que desde hacía algún tiempo parecía ser la suprema obcecación de su vida. Perder a Clemencia u obtenerla, y descubrir, desenmascarar la existencia del extraño amante, tal era su preocupación.

En vano había sufrido los desdenes de la bella, inútilmente recibió la durísima lección del férreo brazo de Ferragus. Víctima fué de tenebrosos atentados, rozó los linderos de la muerte por no haber accedido a abandonar su aventura... Pero cuanto mayores eran los obstáculos, tanto más incentivo encontraba en llevar las cosas hasta el fin.

El desventurado ignoraba que había entrado en lucha con quienes dominaban el mundo entero, con quienes vieron humillados ante sus plantas poderosos y hasta soberanos... Augusto no sabía que los Trece habían decretado su muerte.

Pero, ¿qué derecho tenía para seguir molestando a Clemencia?... Si hubiera sido su esposo, su padre, su hermano... Mas precisamente él no podía aspirar sino a ser el amante, la figura que él tanto odiaba... representada por otro.

El fiel criado había puesto inmediatamente manos a la obra. Fácilmente encontró en la calle de Soly el domicilio del misterioso personaje. De Malincourt se lo había descrito con una minuciosidad riquísima en detalles. Si hubiera visto a Ferragus por la calle, le hubiera reconocido...

No encontró el menor obstáculo para llegar hasta la puerta de su piso... mas con grande extrañeza vió que estaba abierta, y que de ella salían algunas veci-

nas, compungido el rostro y los ojos humedecidos por las lágrimas...

Acercóse tímidamente hacia una de ellas preguntándole:

—Perdone... ¿qué ocurre?...

—¡Ay! — exclamó una vecina prorrumpiendo en amargos sollozos—. El señor Ferragus... el buen señor Ferragus...

—¡Ah! ¿El señor Ferragus habitaba en este piso?

El fiel criado ya había averiguado un nombre.

—Sí... el pobre... el pobre acaba de fallecer.

—¿Ferragus ha muerto?...

—Sí... hace sólo unas horas. Tan bueno... Por cierto—añadió animándose—que ha muerto cristianamente... Ha recibido los últimos auxilios espirituales.

—¡Ah! Tanto mejor—dijo el criado.

—Es que—agregó la vecina—Ferragus, si no llega a arrepentirse a última hora, se hubiera sin duda condenado.

—¿Cómo!

El espía comprendió en seguida el gran partido que podía sacar de la locuacidad de la vecina y así prescindiendo la mayor atención dispúsose a hacer cuanto pudiera para arrancar la mayor cantidad de noticias.

—Sí, sí... el Cielo ha ganado un alma en los propios bordes de la condenación.

—¡Oh! El Cielo siempre presenta a los condenados la ocasión de redimirse.

—Y tiene usted toda la razón. ¡Después de una vida de crimens como la suya, tener aún la dicha de conservar la lucidez para confesarsel...

—¿Vida de crímenes?...

—¡Naturalmente!... Nadie ignora que el señor Ferragus era un antiguo criminal... en el barrio todos saben que fué un presidiario que había logrado escapar...

—¡Un presidiario!...

—Sí, sí, un presidiario. ¡Pero era tan bueno! Vaya usted a saber, a lo mejor no fué nunca criminal... A veces la Justicia no hace sino condenar a pobres inocentes...

El criado de Malincourt no necesitó saber más... Despidióse de la charlatana, y acercóse hacia la puerta que habitaba Ferragus... Nadie le vedó el paso. En el fondo de una estancia no muy grande había una cama. Sobre ella el cadáver de Ferragus. A su lado, un sacerdote rezaba piadosamente; varios amigos rodeaban el lecho...

El espía no quiso ser víctima de una alucinación; fué acercándose hasta el mismo lecho mortuario... y fingiendo que conocía al muerto, empezó a llorar, simuló un ademán inconsciente y pasó su mano por la frente del cadáver... El frío glacial de la muerte le estremeció. En efecto, Ferragus estaba muerto, bien muerto...

Ferragus, aun cadáver, podíase decir que conservaba su distinción. Sus cabellos grises cuidadosamente peinados dejaban bien manifiestas las facciones enérgicas de su rostro inteligente.

El enviado de Augusto no necesitó saber más, y como un desesperado corrió a contar cuanto había visto a de Malincourt que ya le esperaba con la mayor impaciencia.

—El sujeto ese ha muerto de repente... Se trata de un ex presidiario. ¡Si usted hubiese sabido antes esta circunstancia!... Ha sabido morir en el momento preciso que la justicia iba a tener noticia de su existencia...

¿Muerto?... ¿Un presidiario?—murmuró Augusto.

Unos momentos de Malincourt pareció reflexionar. Después, preguntó:

—¿Estás bien seguro de que ha muerto, de que lo que tú viste era un cadáver?

El criado recordó la sensación glacial que había experimentado al tocar el rostro de Ferragus. Así dijo con seguridad y con cierta mezcla de temor:

—Ya lo creo!

¿Cómo había muerto Ferragus? ¿Acaso el disgusto que le causara la última escena con Clemencia?... ¿Algún enemigo más poderoso que él había conseguido aniquilarle?

XII

COMPLICACIONES

A pocos pasos de la casa mortuoria, y en otra de exacto parecido, pues todas las que se elevaban en la calle de Soly parecían hijas del mismo arquitecto, había un piso que siempre estaba por alquilar. Y es que reunía pésimas condiciones. Sólo había dos habitaciones, sin cocina, y a un precio verdaderamente exagerado.

Hacía más de dos años que estaba por alquilar. Ya nadie iba a verlo, como si todo París supiera que no interesaba. El vecindario ya se había acostumbrado a ello. Al principio se murmuró del propietario que tales exigencias manifestaba; después se alegraron de las dificultades que había para alquilarlo... luego no se habló más de él.

Pero aquel piso, tenía muchas más habitaciones ignoradas de todos, habitaciones a las cuales se entraba por un misterioso y tortuoso corredor... corredor que comunicaba con el piso ocupado de Ferragus.

En una de las más amplias había reunidos doce hombres. Parecían presas de la mayor ansiedad. A cada momento atendían anhelantes al más leve rumor. Parecía que esperaban a alguien.

En efecto, al fin, en el fondo del corredor dieron varios golpes de un modo sin duda convenido, y uno de los «Trece» (fácilmente se habrá deducido que de ellos se trataba) penetró en la habitación alegremente.

Era un famosísimo hombre de ciencia afiliado a la poderosa asociación.

—Todo se ha desarrollado según nuestras previsiones— dijo.

Y todos los circunstantes respiraron con satisfacción.

De pie, recostado en un sillón, hallábase Ferragus. Sus ojos brillaban con aire de triunfo; sonrió y murmuró:

—En este mundo, todo se puede adquirir... ¡Hasta un cadáver!

Todos asintieron satisfechos.

—El espía del Barón— continuó el recién llegado— vino como suponíamos, y al ver el cadáver quedó inmensamente sorprendido. Una vecina, que también cayó en el engaño, fué nuestra cómplice sin querer, pues empezó a contarle con gran naturalidad lo de vuestra muerte...

—¿Pero creéis— dijo Ferragus— que se ha llevado la impresión de que *verdaderamente* yo había muerto?

—¡Qué duda cabe! Al principio se vé que la idea de un engaño cruzó su mente, pues se acercó al lecho

mortuorio y disimuladamente tocó el cadáver... ¡Y quedó plenamente convencido!

—Ya tenemos pues que Ferragus ha desaparecido —agregó—; ahora sólo falta darle nueva vida bajo otra personalidad.

Ferragus sonrió. Levantóse y dirigiéndose hacia un



—En este mundo, todo se puede adquirir... ¡hasta un cadáver!

pequeño armario, extrajo una peluca negra, la contempló un rato, después la enseñó a sus amigos y dijo:

—Todo en este mundo son apariencias. Una simple caracterización basta para tomar cualquier personalidad... Ahora espero que con la ayuda de nuestros colaboradores del Brasil, obtendremos los papeles y documentación necesaria para ser otro.

Todos rieron de buena gana. Verdaderamente Ferragus jugaba con los hombres como con muñecos que movía a su antojo...



Pocos días después, en el palacio de la Prefectura de París celebrábase una suntuosa recepción en honor del Duque de Funcal, nuevo embajador del Brasil, que acaba de llegar de Rio Janeiro.

Los salones estaban brillantísimos. La nobleza de la Restauración y la del oro, la sangre azul y la alta banca hallábanse allí, podríamos decir en masa.

Las mujeres más bellas, ataviadas a la moda de la época aparecían preciosísimas y seductoras luciendo deliciosos escotes.

El Barón Augusto de Malincourt hallábase naturalmente entre los asistentes. Pero contra su costumbre de pasear por entre los grupos femeninos que con sus trajes de *soufflé* le brindaban el enloquecedor perfume de sus carnes seductoras, estaba taciturno y preocupado en un rincón, presa al parecer de la mayor impaciencia y escudriñando la entrada del salón.

De pronto una visión pintó en su rostro la sorpresa y la satisfacción; desapareció entre los concurrentes.

En aquel mismo instante acababa de entrar, muy

hermosa y tentadora, Clemencia Desmarets, del brazo de su esposo.

Causaron sensación. Clemencia vestía un monísimo traje bordeando el escote exageradísimo, que dejaba adivinar los más embriagantes encantos, una nube de encajes finísimos que competía en blancura con su piel sedosa y nivea...

A su lado, Julio, vestido correctamente, orgulloso la llevaba del brazo. Sonreía satisfecho. Ante el triunfo de la belleza de Clemencia, al mirarla él a su vez y verla tan hermosa, olvidó por unos instantes las horribles dudas y dolorosas escenas de que fue intérprete...

Ante el triunfo de la mujer amada, Julio no pensaba más que en adorarla... No cabía la menor hipótesis; él había sido un loco concibiendo las más estrafalarias dudas basadas en apreciaciones sin importancia y ridículas... Clemencia era suya, completamente suya, sin colaboraciones odiosas y repugnantes...

Y Julio saboreaba el éxito de su esposa, como de algo propio, algo que nos pertenece completamente y que nosotros hemos escogido entre mil.

En un momento las amigas rodearon a Clemencia, y Julio dejola en tan vistosa compañía para reunirse a su vez con sus amigos.

No bien el esposo hubo alejado, de Malincourt que había estado acechando, presentose inopinadamente ante Clemencia... Esta palideció... Augusto reclinose en el respaldo de su sillón y murmuróle al oído:

—¿Me creísteis muerto?... siento mucho contrariaros, mas los cómplices de vuestro amante fracasaron...

Unos momentos saboreó el efecto desastroso que

tales palabras causaban en el ánimo de Clemencia. Después agregó, acentuando la entonación maliciosa:

—Y sigo viviendo dispuesto a conseguir vuestro amor o a perderos: como mujer, delatándoos a vuestro esposo; como criminal, a los Tribunales de Justicia.

Fatigosa se hizo la respiración de Clemencia; su



—Dejadme tranquila, por favor... ¿Con qué derecho interceptáis el camino de mi vida?...

blanquísimo seno agitabase desacompañado.... parecía que un nudo en la garganta no la dejaba pronunciar palabra alguna....

Cuando se hubo repuesto un poco, balbuceó:

—Dejadme tranquila, por favor... ¿Con qué derecho interceptáis el camino de mi vida?....

Augusto nada dijo. Sus miradas eran de sobra elocuentes. Clemencia tuvo miedo.

¡Cómo odiaba a aquel hombre! ¡Cuánto se arrepentía de haber tenido compasión de él...

La desventurada creyó que en el fondo del alma de Augusto quedaba algún destello de generosidad....

—¡Soy tan feliz con el amor de mi esposol... — comentó, y su rostro tomó una expresión de beatitud.

De Malincourt soltó una impertinente carcajada.

—¡El amor de vuestro esposol—y le interrumpió nuevamente un acceso de nerviosa risa—¡de vuestro amante querréis decir!...

Julio se había acercado a los dos interlocutores. Las amigas de Clemencia, sin que ésta lo notara, tanta era su emoción, habíanse retirado viendo el cariz que tomaba la conversación... Y Julio, al ver sola a su mujer hablando con Augusto, en un momento sintió que en su pecho abriase nuevamente la llaga de los celos.

—¿Qué estáis diciendo a mi esposa, caballero?— preguntó airadamente viendo la confusión de Clemencia.

—¡Oh!... Calmaos, señor Desmarets—repuso, tranquilo de Malincourt—. Al fin y al cabo no hacía más que velar por vuestro honor y tratar de evitaros la vergüenza de ver a vuestra esposa en el banquillo de los acusados.

Los ojos de Julio lanzaron chispas.... Iba a lanzarse sobre él, cuando Augusto continuó con flemma, aunque a duras penas podía dominar el temblor de su voz:

—Si deseáis inquirir más detalles, dispuesto estoy

a facilitaroslos en mi casa, a la hora y día que mejor os convengan...

Y retiróse con paso lento dejando a Julio sumido en un mar de confusiones.

Este miró a su esposa con expresión mezcla de infinita tristeza, de dolor, de extrañeza, de interrogación, de rabia...

Clemencia comprendió cuantas cosas decía aquella mirada...

—Julio, por Dios, déjalo... No sabe lo que se dice...

Pero Julio no la escuchaba ya. Con paso rápido se alejaba a su vez buscando ansioso el paradero de Malincourt. Las palabras de éste le habían hecho tanto daño, que por unos momentos perdió la noción de la vida... Mas al reponerse no pensó más que en una cosa: arrancar la lengua a Malincourt.

No le fué muy difícil encontrarlo. Augusto también necesitaba la soledad para reponerse un poco de la nerviosidad que le agitaba, y paseaba por un salón desierto a donde casi ni llegaba el eco de la orquesta del gran salón.

Julio se le acercó... decidido a todo.

—Ya comprenderéis—dijole con voz insegura—que no pueden quedar así las cosas. Cuando un hombre que ama a una mujer ha escuchado lo que habéis dicho vos de la mía, sólo debe matar o morir.

Y esperó la respuesta insultante para destrozar de un manotazo aquella repugnante víbora. Pero de Malincourt dibujó una sonrisa, su sonrisa burlona.

—Vuestra muerte o la mía, mucho habían de alegrar a quien ansía volar a los brazos de su criminal

amante. Estoy a vuestras órdenes—terminó—mas antes os interesa oír en mi casa, con calma, lo que deseo decirós...

Si en aquel momento Augusto hubiera fijado su atención en un ángulo del salón, habría visto que el Duque de Funcal le miraba de un modo terrible, y en el movimiento casi invisible de sus labios hubiera comprendido la palabra: «¡Miserable!».

El Duque de Funcal estrechó sus puños, apretó los dientes y retiróse del bullicio de la fiesta...

En aquel mismo instante habíase decretado la desaparición del imprudente y perverso Augusto.

Julio, por su parte, estuvo tentado de abalanzarse sobre aquel hombre que le martirizaba... Pero la curiosidad, los celos, el anhelo de saber le dominaron. Desafió con la mirada a de Malincourt que la sostuvo con un cinismo desconcertante; después éste inclinóse, esbozó un enigmático saludo y se alejó.

Entretanto el Duque de Funcal habíase reunido con un viejete ricamente vestido y en el lugar más desierto del parque pasáronse a hablar.

—Podéts estar tranquilo... Basta el tacto—dijo el anciano—; no mata... ¡anula!

A continuación extrajo de su chaleco un pequeño frasquito de metal.

—Es el famoso veneno de los Borgia—prosiguió—...El más robusto joven, en pocas horas queda convertido... ¡en su propia ruina!

El Duque de Funcal tomó el frasquito... Después ambos regresaron al salón.

De Malincourt estaba en un saloncito contiguo, sen-

tado en un sillón. Parecía absorto en las más complicadas meditaciones... De pronto volvióse. Alguien le asía por el hombro.

—¡El presidiariol... gritó al ver al Duque de Funcal.

Y su semblante tomó la expresión del más intenso espanto...

Entretanto el Duque seguía contemplándole con insistencia sin soltarlo. Después, con gesto rápido, le tomó la cabeza con las dos manos. Sus dedos pulgares apretaban con fuerza las sienas de Augusto.

—¡Imbécill...—le dijo quedamente pero en un tono que le hizo estremecer—¿Es que no queda más remedio que destruir tu cerebro para que no haga locurás?

Sus pulgares seguían oprimiendo las sienas del Barón, que perplejo no acertaba a desasirse. De pronto le abandonó como quien termina una operación y deja al paciente. Augusto no salía de su asombro; le seguía como hipnotizado... El Duque de Funcal salió...

Inmediatamente entraron varios invitados... Todos ellos pertenecían a los Trece. Y rodearon al Barón que no volvía de su asombro... De vez en cuando pasaba las manos por sus sienas; después miraba, un poco bestializado, la puerta por donde desapareciera el Duque de Funcal...

En cuanto se hubo repuesto, dirigióse temblando a los que le circundaban:

—¡Es el presidiariol... un bandido...—gritó.

—¿Un presidiario?... ¿Un bandido?—preguntó dando muestras de la mayor extrañeza uno de los Trece, alto dignatario de la embajada Brasileña—¡Pero si es el

muy Serenísimo Duque de Fincal que acaba de llegar de América!...

Todos rieron a carcajadas como si lo que de Malincourt decía fuera una verdadera barrabasada...

Y Augusto seguía mirando como un loco la puerta por la cual desapareciera el Embajador... y sus manos



¡Imbécil!... ¿Es que no queda más remedio que destruir la cerebro para que no haya locuras?

frotaban nerviosamente sus sienes y su cabeza vacilaba y todo su ser se estremecía...

XIII

EL NIDO ARRUINADO

Clemencia y Julio regresaron a su casa. Durante el trayecto, Clemencia, en las sacudidas del coche, rozaba su cuerpo venusino con el de su esposo. ¡Cuántas veces ello había sido causa del enloquecimiento del enamorado!... Pero al cálido contacto de aquella noche, Julio parecía enfurecerse más y más... Aquella carne blanca que por el escote marcadísimo se le ofrecía, casi le hacía asco... Al verla tan hermosa y tentadora, su mente lejos de evocar idílicas escenas, forjaba con descaro la infernal figura del Barón de Malincourt... Y así refugióse en un rincón del coche, y todo el trayecto, todo el rato que permanecieron en el vehículo, al contrario de tantas veces que permanecieron abrazados tiernamente, estaban apartados como dos seres que casi se odian.

Cuando penetraron en su casa, les pareció que en el ambiente flotaba un aire glacial... Era el frío de sus corazones, la muerte de un amor...

Mecánicamente, ella y él dejaron sus capas en manos de las doncellas. Ambos deseaban ardientemente encontrarse solos, pero ¡ay! con bien distinta esperanza que otras veces.

Deseaban encontrarse solos para dilucidar una cuestión repugnante, odiosa, ¡vergonzosa!, pensaba él.

—¡Clemencial!—le dijo Julio con voz cálida, palpitante de emoción, con aquella voz desconcertante que emitió la vez primera que estrechó a su esposa entre sus brazos, no bien quedaron solos—¡Mi Clemencial... ¿Por qué no me dices tú antes lo que de Malincourt me dirá mañana?

La miró con expresión indescriptible. Después continuó:

—¡Te amo!... ¡Te amo tanto!... ¡Eramos tan felices cuando tu alma no guardaba para mí secreto alguno!... ¡Hab'a... Por Dios te lo ruego...

La esposa bajó sus lípidos ojos. No podía resistir la mirada clara, insinuante, noble y franca del marido...

—¡Ya no tienes ni valor para mirarme en los ojos!—gritó Julio que observó el gesto de Clemencia con extraordinario dolor—. Pronto; habla... ¡Lo exijo!... ¿Qué quiere decirme el Barón de Malincourt?... ¿Qué extraño misterio es este?

—Pero, Julio—repuso ella defendiéndose débilmente—, ¿qué sospechas? ¿Me crees capaz de una traición?

Vaciló un instante... Quería decir algo que la ahogaba... y así, torpemente, exclamó:

—¡Te lo suplico... para el bien de los dos... olvida las palabras de este loco, y no vayas a verle mañana!... ¡júrame que no irás!

—¡Oh! No conseguirás con tus infortunadas evasivas más que darme la seguridad de lo que sólo sospechar me mata...

—De Malincourt es un miserable... no le hables... dime que no irás...

La desventurada se defendía con tal torpeza que



—¡Te amo!... ¡Te amo tanto!... ¡Eramos tan felices cuando tu alma no guardaba para mí secreto alguno!...

cada una de sus palabras era un dardo que Julio recibía en su corazón. Naturalmente cada vez que Clemencia insistía para que no hablara con Augusto, más y más fuerte era el propósito de Julio de verle y conocer el extraño secreto que su esposa no se atrevía a delatar pero cuya existencia denotaba.

—Te aseguro que de Malincourt no es mi amante— seguía diciendo la infeliz sin comprender el mal que a ella misma se hacía...

—¡Pero si quiero creerte!— gritó presa de la más ciega excitación su esposo asiéndola por los brazos, marcando en sus carnes delicadas las huellas de sus dedos de acero— ¡Pero habla... di la verdad de una vez!

Y ambos se miraron como dos enemigos. Clemencia movió los labios, pero la voz no salía de su garganta... hizo un esfuerzo sobrehumano y balbuceó bajando la vista como una culpable:

—...no puedo...

—¡Desventuradall— exclamó Julio en el paroxismo de la desesperación— ¿No alcanzas el terrible equívoco de tus palabras?

Y la apartó de sí con violencia. Ella intentó abrazarle, acercarse a él; pero Julio la apartó con gesto brusco; su cerebro parecía que estallaba. La sangre inyectada en sus ojos le daba una expresión terrible, y tomando a la delicada mujer por la cintura, la lanzó con energía lejos de sí... como un fardo indigno y despreciable... Y en la estancia resonaron los sollozos de Clemencia y las imprecaciones de Julio que, como ebrio, salió vacilante de aquella habitación...

XIV

BASTA EL TACTO. NO MATA. ¡ANULA!

Si terrible discurrió aquella noche para los desventurados esposos, para otro muchísimo más culpable fué mayormente horrenda.

De Malincourt había regresado a su palacio en un estado casi de idiotex. La cabeza le zumbaba; en el coche parecía una masa inerte, echado en un rincón casi como un cadáver... ¡Oh! Las sienas le dolían. Parecía que con un martillo se las golpeasen sin cesar. El mundo le daba vueltas...

Hubieron de sacarle del coche en brazos... e inmediatamente mandó por gestos que lo colocaran sobre su lecho...

En las sienas dos manchas parduzcas empezaban a manifestarse... Y los martilleos hacíanse cada vez más enérgicos... Se levantó como un loco y acercóse al espejo... Apenas podía andar... Alumbróse él mismo el rostro con un candelabro y al ver su rostro descompuesto, su boca semitorcida en una mueca horrenda y

sus ojos que miraban de un modo terrible... casi perdió el sentido... Sintióse desfallecer... Intentó gritar... hablar... La lengua se negó a obedecer... Gritos guturales



...Se levantó como un loco y accedió al espejo...

se escaparon de su garganta... Después tambaleóse y se desplomó.

Al día siguiente, cual si la noche tremenda hubiese durado sesenta años, quien ayer era aún un apuesto

galán, no era hoy más que una sombra de sí mismo.

Los cabellos de Augusto habíanse vuelto completamente blancos. Sus ojos parecían querer salir de sus órbitas... un tembloteo agitaba todos sus miembros... su rostro parecía el de un anciano decrepito... Miraba sin ver, quería hablar y sólo profería una especie de extraño mugido... Parecía un idiota...

El médico que al amanecer había acudido no se había separado un solo instante de su lado siguiendo los progresos desconcertantes de una enfermedad terrible e ignorada... ¿Cómo podía haberse idiotizado, envejecido en doce horas el apuesto Barón Augusto de Malincourt?

Los criados y algunos amigos que habían acudido, estaban completamente presas de la mayor extrañeza y estupor... Y de Malincourt, sentado en la marquesina en que le habían colocado, seguía tembloteando como un viejo, lanzando lamentos incomprensibles, trenzando con las manos inseguras los flecos de su sillón, mirando en todas direcciones con la horripilante expresión del idiota...

Cuando dieron las diez de la mañana, anunciaron al señor don Julio Desmarets. Antes de que se le hubiera dado contestación alguna al criado que le anunciara, ya el visitante irrumpía en la habitación, llamante el rostro, excitado, como quien viene dispuesto a dirimir una cuestión de vida o muerte.

Dirigióse al primero que encontró y lanzóle a boca de jarro:

—Vengo a exigir al Barón de Malincourt la explicación que ayer me ofreció.

Los circustantes le miraron con sorpresa, casi molestos por su actitud.

El Doctor con tono de desprecio y reconvención durísima le dijo:

—¿Exigencias?... ¿explicación?... ¡Ahí tenéis al Barón Augusto de Malincourt!



—Vengo a exigir al Barón de Malincourt la explicación que *veer me* ofreció.

Y con el brazo designóle la marquesina ocupada por aquel ser despojado de sus prerrogativas de hombre inteligente.

Juventud... memoria... inteligencia... ¡Todo había desaparecido!

El Barón miró a Julio con la expresión del imbécil... Después continuó trezando el fleco de su sillón

Desmarets quedó perplejo, extrañado, atemorizado... Miró a Augusto con insistencia... Después reflexionó unos instantes, saludó luego a todos y salió...

Cuando estuvo en la calle murmuró:

—¡Yo no he de quedarme sin saber lo que significa esta burda comedia o drama horrendo! — Y arrepujándose en su capa desapareció por la esquina de la calle... Embocó en la amplia avenida... después el parque Monceau... —...espiarla... seguirla... Es el único medio de saber la verdad—pensó.

Y aceleró el paso dirigiéndose a su casa.

Entretanto, Clemencia, que había quedado presa de la mayor inquietud, pegada a una ventana no apartaba la vista de la calle confiando en descubrir un minuto antes por la actitud del esposo, lo que había sucedido en la entrevista celebrada con el Barón de Malincourt.

El firmamento habíase cubierto de negros nubarrones... En lontananza apuntaba el ronco rumor del trueno...

Y pasaban los minutos, que a ella se le autojaban años, y los cuartos de hora que le parecían siglos.

Por fin no pudo contenerse más.

—Solo él puede salvarme—murmuró—... ¡No puedo más!... ¡Que se hunda el mundo si es preciso... Tengo derecho a la felicidad!

Y como quien toma una resolución cuyo aplazamiento podría ser fatal, llamó a su doncella con voz de urgencia:

—Tráeme la capa; voy a salir,

Pero— se atrevió a insinuar la sirvienta— es que la lluvia amenaza... Esperad al menos a que enganchen el coche...

—Imposible, debo salir ahora mismo.

Y asiendo con violencia la capa de terciopelo que la camarera le presentaba tímidamente, púsole en sus hombros, cubrió su cabeza con la capucha y salió...

Había empezado a llover copiosamente. El trueno rugía con ímpetu ensordecedor... Clemencia seguía su camino como una sonámbula o una loca, sin reparar que sus piecitos hundíanse en el barro, que el agua caía sobre ella a torrentes...

De lejos una sombra la seguía... Era Julio, que iba a entrar en su casa en el preciso instante en que Clemencia salía de ella... Y la había seguido.

Algo terrible hacía a la muñeca delicada insensible al frío glacial, a la lluvia helada... Clemencia parecía que volaba... No se cuidaba siquiera de ir pegada a las paredes para que los halcones la protegieran un poco contra la lluvia... Algún transeunte a pesar de estar molestado por el agua, no podía menos de volverse a mirarla.

Clemencia embocó por la calle de Sol y, penetrando en la casa que otras veces frecuentara, subió rápidamente por la escalera después de saludar de un modo peculiar a la portera.

Cuando Julio llegó, ya Clemencia había penetrado en la estancia de Ferragus.

La portera detuvo a Desmaretz que sin ver nada de cuanto le rodeaba disponíase a subir por las escaleras a su vez.

—¡Eh, caballero!— le gritó la buena mujer—; ¿dónde os dirigís?...

Julio comprendió que toda excusa era inútil y toda mentira improductiva. Bajó rápidamente y asiendo a la que le hablaba por un brazo, le dijo atropelladamente:

—Debo saber cuanto esta mujer que acaba de subir diga y haga... Va vuestra fortuna en ello...

Y sin más preámbulo extrajo de su bolsillo un canuto de oro, rompió el papel y sus manos se llenaron de reaciosas monedas.

—Quiero escuchar sin ser oído y ver sin ser visto... ¿van bien cien lises?

Ante aquella fortuna, la mujer vió el mundo al revés... ¡Cien lises!... Pero supo ser muy política... y así fingió no dejarse convencer...

—Abreviemos— dijo Julio, que comprendió— ¿Doscientos...?

Y al romper un nuevo canuto, sus manos desbordaron de oro...

La mujer no pudo resistir más; agachóse afanosa a recoger algunas piezas que habían caído... después recogió de las manos de Julio el resto de las monedas. Corrió a su garita, las depositó cuidadosamente en la cómoda, y, volviendo a salir y sin mediar palabra alguna, hizo signo a Julio de que la siguiera.

Subieron por la escalera, y le condujo a un piso desalquilado, situado precisamente lindante al ocupado por Ferragus...

Y señalándole una puerta que había en la pared le dijo:

—Da a la habitación en que ha entrado la mujer que os interesa.

Y se alejó.

Julio era presa de una nerviosidad indescriptible. Aplicó el oído al ojo de la cerradura y su corazón pareció que se paraba en seco al escuchar la voz de su Clemencia:

—Este hombre—decía ella—ha encendido la sospecha en el ánimo de Julio... ¡Oh! ¿por qué no decir al mundo nuestro secreto?... ¡Desprecio ya a la sociedad que nos rodea!...

Julio sintió que el sudor caía a gruesas gotas por su frente.... Irguióse automáticamente.... después miró por el agujero de la cerradura...

Lo que vio le heló de indignación y de dolor...

Ferragus estaba sentado en una «chaise-longue», y a sus pies Clemencia arrodillada tenía la cabeza apoyada sobre los brazos amorosos que le tendía él mientras sus manos acariciaban su rostro...

—Olvidas que el primero en despreciarte sería tu propio esposo—dijo Ferragus con voz suave— Ten calma; dentro de poco la documentación del Duque de Funeal estará completamente en regla... Y entonces... ¡podremos ser felices!

Lo que pasó por el ánimo de Julio no lo sabemos describir. Levantóse como un autómatas y nervioso buscó con mano torpe el puño de una pistola que siempre llevaba consigo... Después, decidido, abrió con la llave que había colgada de un clavo la cerradura que afortunadamente no chirrió... Amartilló su pistola... De pronto, ella volvió a hablar:



Julio era presa de una nerviosidad indescriptible...

—¡Oh... sí! ¡Qué orgullosa me mostraré entonces libremente al mundo al lado de mi esposo querido... de mi padre adorado!

—¡Su padre!!—gritó Julio sin poderse contener... Y dejó caer pesadamente la pistola... y Clemencia lanzó un grito... y Ferragus se irguió como una fiera...



—¡Su padre!!—gritó Julio sin poderse contener...

Cuando vió que se trataba de Julio, inclinó la cabeza... y dominando su emoción dijo con voz solemne y un saludo humilde:

—Julio Desmaretz... eres su esposo; te ama, es tuya... Una sola palabra, y el temible Ferragus desaparecerá para siempre de vuestra vista...

Julio no sabía lo que le pasaba... Sólo sintió que le invadían unas ganas irresistibles de llorar... Cayó de hinojos ante Clemencia que le miraba con infinita ternura y abrazándose nerviosamente a sus rodillas imploró:

—¡Perdón, Clemencia mía... ¡Dolo mío... perdón...!

XV

Y DESCORRIOSE EL VELO DEL MISTERIO

Ferragus hallábase sentado en la «chaise-longue», Julio a un lado y Clemencia arrodillada al otro... Los dos últimos escuchaban atentamente; el primero hablaba con ademán de iluminado:

—Era en los primeros tiempos del Imperio—decía—. Yo era joven... amaba con locura y era amado con igual vehemencia.... Poco hacía que me había casado con la mujer adorada que codicié desde mi infancia.... Nuestro idilio tenía toda la tierna fragancia de un primer amor, toda la intensidad del último... Los primeros días de nuestra boda, los pasamos como en un sueño paradisiaco... Poco a poco fueronse serenando los impetus de nuestro corazón pero nuestro amor fué solidificándose, adquiriendo la fortaleza del granito. Al caer de lo desconocido a lo real, yo descubí en mi querida esposa dones y tesoros que antes, cegado por el deseo, no hubiera ni podido adivinar... y ella

juraba que yo había realizado todos sus sueños de romántica enamorada...

Hizo una ligera pausa. Miró a Clemencia que, inundados los ojos de lágrimas, escuchaba el relato tan conocido siempre con idéntica emoción...

—Al poco tiempo—añadió Ferragus—colmó nuestra felicidad el nacimiento de una niña que era una bendición del Cielo. Ambos contemplamos aquel ser que el Criador nos confiaba...

La voz anudósele en la garganta; la emoción había hecho presa en él; sus ojos brillaban humedecidos por las lágrimas que no se atrevían a brotar temerosas de avergonzar a un hombre de su temple. Acarició la cabecita de Clemencia y continuó:

—Eras tú, hija de mi alma.

Después, ensombrecióse su rostro... clavó la mirada en algo indefinido y agregó:

—Pero los momentos de felicidad perfecta se pagan muy caros en este mundo. Mientras yo vivía toda mi existencia entre los brazos amorosos y enloquecedores de mi esposa adorada, y los tiernos y purísimos de mi hijita... allá en la sombra, un destino implacable tejía contra mí la trama más inicua... Cometióse un crimen en la comarca... Todos los indicios me acusaban...

Interrumpióse, sacó de su bolsillo un finísimo pañuelo con el que enjugó el sudor que inundaba su frente. Cubrióse luego los ojos con sus manos... Como quien quiere abreviar, prosiguió:

—Fuí condenado por una sociedad inconsciente y perversa a diez años de presidio.

Julio estrechó con vehemencia su mano como para

demostrarle que daba fe ciega a sus palabras... Poco tiempo hacía que le conocía y ya su alma había quedado encadenada en las poderosas y virtuosísimas mallas de la simpatía que irradiaba Ferragus.

—Logré escapar—continuó—y no bien me vi libre de las cadenas que la torpeza de los hombres soldó a mis pies, corrí hacia donde había dejado a los dos seres que más adorados se vieron en este mundo por hombre alguno... Imposible, hijos míos, describiros la sensación que experimenté cuando al volver a mi casita, después de cinco años de ausencia, me encontré con que mi jardincito, la fachada, todo había sido cambiado... Aquel cambio, algo me hizo sospechar que a mi pesar me hizo temblar de verdadero miedo... Inquirí anhelante... En efecto... mi mujer... ¡mi adorada esposa, la mujer eje y razón de ser de mi existencia, había muerto de dolor! ¡Oh! ¡Cómo maldije a los miserables semejantes míos que por necedad no sólo habían condenado a un inocente, sino dado muerte a un ángel... a un verdadero ángel...

Pero algo quedaba en la tierra para prodigarme consuelo... mi Clemencia, mi pequeña Clemencia...

Me dijeron que una buena vecina la había recogido; corrí hacia ella, y tuve la dicha inmensa de poder abrazar a la hija de mi alma, que amaba más desde que para consolarme la consideré como algo propio de la mujer que tanto amé... Pero yo era un escapado de presidio; aquella niña día vendría que se avergonzara de mí...

A estas palabras, Clemencia besó las manos de su padre con unción.



—Miré ante aquel ser inocente, bajo el brillo limpio de aquellas ojos purísimos...

Ferragus prosiguió:

—Juré ante aquel ser inocente, bajo el brillo límpido de aquellos ojos purísimos... ante la memoria de mi esposa, que mi Clemencia sería feliz, honrada y festejada por el mundo... Pero para ello era preciso que yo desapareciera hasta que pudiese ofrecerle, como un enamorado ideal, un apellido honrado y una fortuna digna de ella...

Corrí a tierras extrañas. Fui el protagonista de las más estrafalarias y atrevidas aventuras... me rodeé de amigos poderosísimos y abnegados, logré amasar una fortuna incontable, adquirir un poder casi omnipotente...

A estas palabras los ojos de Ferragus brillaron con soberbia. Levantóse; su figura majestuosa parecía posar para una estatua de un Rey del mundo...

—¡No cometi jamás crimen alguno—dijo—; administré, sí, mucha justicia!

Sin abandonar su posición, miró a sus hijos y en tono completamente distinto de acariciante humildad continuó:

—Cuando regresé a París, os habíais ya casado... Tú, hija mía, eras la hija de padre desconocido que nada vale, que nada es... Por esto, cuando supe que un hombre honrado te había llevado al altar dándote su apellido digno, concebí por aquel hombre el mayor cariño, la más honda admiración y reconocimiento...

Después, narró que habiendo conseguido ponerse al habla con su hija, había tenido la inmensa dicha de ver cómo ésta le cobraba intenso cariño. Pero ambos estaban obligados a guardar el mutuo encuentro, como un

misterio impenetrable. En efecto, si Julio se hubiese enterado de que su esposa no sólo no podía ostentar nombre alguno... sino que la realidad le daba derecho a usar uno... ¡el de un presidiario!...

—Yo fui quien en la sombra forjé tu fortuna, Julio Desmarets—dijo Ferragus a Julio, que también se había arrodillado a sus pies...

Luego, ya terminado el emocionante monólogo de Ferragus, todos comentaron la intromisión del imbécil y perverso de Malincourt y la hermosa escena acabó con un abrazo elusivo de Ferragus y Julio...

—Amáos, hijos míos—dijo tomando con un brazo a Julio y con el otro a Clemencia—; dignos sois el uno del otro...

Y los dos esposos después de haber estrechado entre sus brazos a Ferragus, besáronse inefablemente, mientras los labios de Julio, no bien salidos del divino contacto de los de Clemencia, murmuraban nuevamente:

—Perdón, ídolo mío... perdón...

Y Clemencia estrechó la mano de su esposo en ruego de que no volviera a hablar de aquel modo...

Dispusiéronse a salir. Clemencia puso sobre sus hombros su capa, lo mismo que Julio... Pero al ver que su padre permanecía arropado con su bata de terciopelo, extrañada le preguntó:

—Pero... ¿y tú, padre mío?

—Yo seguiré velando en la sombra hasta que el Duque de Funicul pueda presentarse sin el menor temor de ser desenmascarado ante la sociedad... Porque realmente puedo ostentar este título por especial merced

del Emperador del Brasil, pero nunca quise cambiar de personalidad hasta ahora, que lo ansio para poder pasear orgulloso entre vosotros y vivir en vuestra compañía.

Julio estrechó vehementemente su mano. Clemencia le besó con efusión, y los dos esposos, cogidos del brazo, salieron...

Ferragus recorrió la cortina que ocultaba la ventana y contempló el límpido firmamento... Después murmuró:

—Ya no llueve... pasó la tempestad...

Y Julio con su Clemencia en brazos para que sus piecitos no se mojaran en los arroyuelos nacidos de los inmundos baches, la llevó besándola con frenesí hasta el primer coche de alquiler que les condujo a su casa.

FIN



Usted, lector, habrá podido apreciar que el valor de este libro es incalculablemente superior a UNA PESETA; pero, animados, desde el principio de nuestras publicaciones, por el deseo de ser agradables a nuestros numerosos y distinguidos lectores, no hemos vacilado en fijar este precio popular.

FORME LISTED LA BIBLIOTECA
Colección de Obras Maestras

DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
Y TENDRA EN CASA LOS ARGU-
MENTOS NOVELESCOS DE OBRAS
DE MAESTROS INMORTALES LLE-
VADAS A LA PANTALLA

UN GRANDIOSO ÉXITO
están obteniendo los libros
LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
y **EL PRISIONERO DE ZENDA**

publicadas en la BIBLIOTECA

Las Grandes Pelis

de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Precio de cada libro: UNA PESETA

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

ES LA SIMPÁTICA PUBLICACIÓN APRO-
BADA UNÁNIMEMENTE, POR LAS SELEC-
TAS NOVELITAS QUE OFRECE
PARA TODOS LOS GUSTOS

—
SALE EN TODA ESPAÑA
LOS MIÉRCOLES

—
PRECIOS:

Números corrientes:

Novela y postal: 25 céntimos.

Números extraordinarios:

Novela y postal: 50 céntimos.

—
DE VENTA EN TODAS PARTES

052 OMA (1)



UNA PESETA